

LOS DIÁLOGOS GOBIERNO-GUERRILLA EN COLOMBIA Y LAS EXPERIENCIAS INTERNACIONALES: ¿NEGOCIANDO LA PAZ O PERPETUANDO LA GUERRA?

*Juan Gabriel Tokatlián Director, Centro de Estudios Internacionales,
Universidad de los Andes*

Esta presentación busca introducir algunas reflexiones en torno a elementos de diversas negociaciones internacionales y de acuerdos de pacificación que pueden resultar útiles al evaluar los diálogos internos entre el gobierno de Colombia y la denominada Coordinadora Nacional Guerrillera. Quiero, antes de comenzar con los puntos concretos de análisis e ilustración, efectuar tres aclaraciones: dos de ellas formales y una más sustantiva. Cada una de éstas descansa en un supuesto.

La primera aclaración genérica es que se hará referencia a variables y factores de transacciones y compromisos que han tenido consecuencias y resultados relativamente positivos. Existen varios ejemplos de negociaciones entre estados y entre gobiernos y actores no gubernamentales que pueden arrojar cierta luz y algún optimismo en cuanto a las opciones potenciales a favor de la resolución no violenta de conflictos profundos. El supuesto que guía esta aseveración es que Colombia no constituye un caso absolutamente atípico, distinto y excepcional y que, por lo tanto, es posible aprender -aunque algunos no lo crean-, de otros procesos mundiales, cercanos y lejanos psicológica y geográficamente.

La segunda aclaración global es que se tomarán en consideración y a modo comparativo negociaciones del tipo de suma variable y no del modelo de suma cero. Es decir, no habrá énfasis en aquellas experiencias donde uno gana todo y el otro pierde

todo, sino en las que no hay ni vencedores netos ni vencidos absolutos y donde todos ganan y pierden algo, sin deshonor y con realismo. El supuesto que subyace a esta afirmación es que Colombia puede alcanzar la pacificación interna porque no está ni histórica, ni cultural, ni políticamente condicionada a vivir bajo violencia de manera inexorable.

La tercera aclaración -más conceptual y quizá más significativa- es que la negociación se aborda aquí como un proceso que sirve principalmente para tramitar conflictos y que tiene como propósito máximo y óptimo lograr la paz. Por lo tanto, la negociación no es un mecanismo para establecer un orden perdurable, no garantiza una estabilidad concluyente y no cristaliza un consenso eterno. La negociación, en términos sintéticos, coadyuva a regular, canalizar e institucionalizar en forma no cruenta los conflictos naturales que vive una sociedad. El supuesto que permea esta aseveración es que el cálculo instrumental y la razón altruista puede combinarse para vencer la lógica de la guerra y alcanzar la esperanza de la paz¹. Entrelazar y acoplar macromotivaciones -un motivo general egoísta- y micromotivaciones -un motivo concreto no egoísta- evita la reproducción de un círculo repetitivo de sospecha, recelo y escalamiento violento². Para una estrategia sincera, sensible y sensata en pro de la negociación conviene recordar que es aglutinante"; como indica Rubio Carracedo merece tener-

1 Acerca de las posibilidades de combinación del cálculo instrumental y la razón altruista para la lograr la cooperación que conduzca a resolver un conflicto o dilema ver, entre otros, Howard Margolis, *Selfishness, Altruism, and Rationality*. Cambridge: Cambridge University Press, 1982.

2 Sobre la distinción entre macromotivaciones y micromotivaciones ver, en particular Bernard Williams, "Formal Structures and Social Reality" en Diego Gambetta (comp.), *Trust. Making and Breaking Cooperative Relations*. Oxford: Basil Blackwell, 1988.

se en cuenta "como Maquiavelo y Hobbes están presentes, pese a las críticas, en Rousseau y en Kant"³.

. Dicho lo anterior, parece pertinente explicitar los argumentos respecto a casos internaciones de negociación y su probables valor para Colombia.

Primero, resulta fundamental *reconocer al otro* si es que se busca generar y concluir un proceso de negociación exitoso. Ese reconocimiento implica aceptar la existencia y la razón de ser del otro, por parte de los dos adversarios. El contrincante, el opositor o el enemigo -como se lo quiera identificar- es un sujeto de diálogo para un potencial acuerdo y no un objeto de manipulación para una imposible transacción. Aquel reconocimiento contribuye a humanizar al otro; lo que no significa compartir su ideología, reivindicar sus creencias, asumir sus valores y convalidar sus mecanismos de acción. Las diferencias reales y/o construidas entre dos partes pueden ser genuinamente enormes, sin embargo ello no impide la búsqueda de salidas negociadas a los conflictos. Como bien señalan Fisher y Brown, si se pretende una solución real a una disputa aguda, resulta necesario aceptar a aquello cuyas conductas, en un inicio, nos parecen inaceptables⁴. En breve, es posible y viable negociar hasta con los más violentos e indeseables. El actual ejemplo de Kampuchea es una demostración de que se puede reconocer al otro: a pesar de la brutalidad del régimen de Pol Pot que a finales de la década de los setenta ejecutó a más de un millón y medio de camboyanos, a la hora de las negociaciones no era oportuno ni factible desconocer su existencia pues ello llevaba al fracaso anticipado de los esfuerzos de pacificación en ese país

Segundo, las negociaciones fructíferas se han basado -implícita o explícitamente- en la aceptación de múltiples, aunque no necesariamente idénticas, crisis de legitimidad. En realidad lo que se discute y acuerda es, por lo general, construir una *nueva legitimidad ampliada* a partir de la existencia de una problemática crítica real. Hoy está en claro cuestionamiento la difícil y elusiva legitimidad de la lucha armada para la obtención del poder político.

Ahora, bien, como dijera Bobbio, "la prueba del fuego del Estado democrático es no dejarse envolver en un estado de guerra con ninguno de sus ciudadanos"⁵. Cuando ello ocurre, hay una señal nítida de grieta en la legitimación estatal. Al fracasar las reiteradas "ruedas de diálogos francos" entre las contrapartes, se multiplican las manifestaciones de violencia de lado y lado. Con esto no sólo un movimiento insurgente pierde credibilidad, respaldo y proyección, sino también un gobierno. *Creer que repetir una pauta frustrante de conversaciones malogradas, coloca a un estado o a una guerrilla en una situación de ventaja estratégica, es -por decir lo menos- iluso y exagerado*. Recien cuando las dos partes en El Salvador aceptaron la manifestación de una erosión de legitimidad mutua (aunque no semejante), se pudo avanzar en forma positiva hacia una salida negociada.

Tercero, las negociaciones con resultados alentadores han sido aquellas en las que se *dirimieron y resolvieron intereses encontrados* y no posiciones principistas⁶. Si se discuten intereses concretos hay espacio para la flexibilidad y el acercamiento. Las posiciones férreas e intransigentes llevan a la rigidez y la intolerancia. Bien podría explicarse el fracaso hasta ahora de las conversaciones entre irradies y palestinos porque las posturas fundamentales de los actores son sustentadas por principios severos y no por intereses adaptables. De la misma manera, es posibles explicar y entender la partida soviética de Afganistán y la norteamericana de Vietnam si se aprecia que lo que estaba en juego allí -en ambos casos- eran intereses y lo que se negoció, en últimas, fue cómo asegurar más y manejar mejor dichos intereses y no posiciones a ultranza.

Cuarto, las negociaciones positivas han sido las que *han eludido estrategias de tipo reactivo-defensivo*; es decir, las que tratan de arriesgar lo menos posible e innovar lo mínimo necesario. Cuando se ha ampliado el espectro de alternativas se ha podido crear opciones nuevas y ha surgido la posibilidad del diálogo, la transacción y la resolución de problemas. Como se ha señalado con acierto, el empleo preferencial e individual "de estrategias conserva

3 José Rubio Carracedo, Paradigmas de la política. Barcelona: Editorial Anthropos, 1990, p. 55.

4 Roger Fisher y Scott Brown, "How Can We Accepted Those Whose Conduct is Unacceptable?" en Negotiation Journal, vol 4 No.2 Abril 1988.

5 Norberto Bobbio, Las ideologías y el poder en crisis. Barcelona: Editorial Ariel. 1988, p. 83.

6 En tomo a las dificultades para negociar posiciones y acerca de las ventajas de una negociación de intereses ver, en especial, Roger Fisher y William Ury, *Si... de acuerdo! como negociar sin ceder*. Bogotá: Editorial Norma, 1985.

doras produce resultados colectivos indeseables"⁷. Durante varios años, por ejemplo se produjeron diálogos entre Panamá y Estados Unidos en relación al Canal de Panamá que no condujeron a mucho porque Washington no modificaba su postura defensiva y rigurosa. Sin embargo, cuando la negociación durante la administración del presidente Jimmy Carter, alcanzó mayor creatividad y se asumieron perspectivas más audaces, se encontró una salida favorable a los intereses panameños y norteamericanos en juego⁸.

Quinto, la comunicación y la transparencia son elementos cruciales en los procesos de negociación exitosos. Ello, no solamente porque los actores en conflicto necesitan desplegar con nitidez sus criterios e intenciones, sino porque la sociedad -que es la que en últimas avala y sella una solución negociada- aprueba con más intensidad y certidumbre un acuerdo construido de manera abierta, seria y franca. Las transacciones por detrás o a espaldas de la ciudadanía no son duraderas a largo plazo. El ejemplo de la paz alcanzada entre finales de los sesenta y comienzos de los setenta en Venezuela, eliminando la violencia política y abriendo y garantizando espacios de acción e inserción a movimientos de izquierda, merece atención. La comunicación, asimismo, se incrementa y mejora con una modificación del lenguaje mismo. En ese sentido, *el cambio de "entrega de armamentos" a "dejación de armas" contemplado en las conversaciones en el país con el M-19 no fue cosmético. Un discurso distinto permitió eliminar barreras al diálogo, estimuló compromisos y alentó una verificación de lo firmado, sin menoscabo de las tesis centrales de ambas contrapartes.*

Sexto, las negociaciones fecundas han sido las que han *combinado mecanismos de reciprocidad y gestos de conciliación*, de lado y lado. Las actitudes unilaterales grandilocuentes pero con poca credibilidad no resuelven nada. Como bien dijo Bertolt Brecht en 1952: "La guerra solo puede ser evitada

si ambos eventuales adversarios la rechazan. No mediante el hecho de que por lo menos uno de ellos sea lo más pacífico posible"⁹. Los agentes envueltos en un diálogo deben asumirse como "solucionadores" de problemas. Las salidas políticas han surgido, entonces, cuando se ha entendido que el enemigo mayor es el conflicto violento mismo y no el oponente en la mesa de conversaciones. De allí que resulte importante insistir, como lo indica Dror, "en un tipo de pensamiento no convencional y aún contra-convencional"¹⁰. Originalidad propositiva va junto a diferentes tácticas de regateo se utilizaron positivamente en el caso de la negociación de la independencia de Zimbabwe¹¹.

Séptimo, las negociaciones han *exigido siempre bastante paciencia y mucha imaginación*. Los diálogos, compromisos y acuerdos consumen tiempo, demanda esfuerzo, requieren sacrificio y necesitan perseverancia. Un negociador es, a la vez, un estratega que busca superar un conflicto y un tejedor de delicadas redes de pacificación. Es obvio que siempre han existido recalcitrantes a uno y otro extremo de las dos contrapartes que participan en un proceso de transacción. *La mejor manera de reducir a los tercios y obstinados que prefieren el plomo a la palabra es mediante la persuasión por parte de líderes negociadores responsables*. Alvaro de Soto, representante del Secretario General de la O.N.U, en el caso salvadoreño, y Sol Linowitz, en el caso de las conversaciones del Canal de Panamá entre Estados Unidos y Panamá, han sido personajes fundamentales pues ambos se convirtieron, de hecho, en una suerte de "coalicionadores" por la negociación y la paz. Ellos fueron instrumentales a los fines de lograr acuerdos equilibrados y pacíficos con respaldo ciudadano.

Octavo, las negociaciones positivas han *contenido fases y etapas nítidas y muy explícitas*. El desarrollo de una negociación no ha sido visto ni transmitido (a través de los medios de comunicación, factor importante a favor de salidas pacíficas

7 Ángel Flisfisch, "Hacia un realismo político distinto", en Varios Autores, *¿Qué es el realismo en política?*. Buenos Aires: Catálogos Editora, 1987, p. 30.

8 Sobre las negociaciones entre el Canal de Panamá y EE.UU. y en particular acerca de la dinámica del diálogo y acuerdo generado bajo los gobiernos de Jimmy Carter y Omar Torrijos, ver William Jordán, *Panamá Odyssey*. Austin: University of Texas Press, 1984 y Sol M. Linowitz, *The Making of a Public Man*. Boston: Little, Brown and Co., 1985.

9 Bertolt Brecht, *Escritos Políticos*. Caracas: Editorial Tiempo Nuevo, 1970, p. 206.

10 Yehezkel Dror, "Veintiuna reglas para negociadores políticos", en Yehezkel Dror, *Enfrentando el futuro*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 208.

11 Sobre las negociaciones en Zimbabwe ver, entre otros, Alex Callinicos, *Southern Africa after Zimbabwe*. Londres: Pluto Press, 1981 y David Martin y Phillis Johnson, *The Struggle for Zimbabwe*. Londres: Faber & Faber, 1981.

o bélicas) como un proceso unívoco, lineal, sencillo y mecánico. *La paz luego de enormes tragedias individuales y colectivas no aterriza en paracaídas de manera inesperada. Se construye mediante dispositivos de desagregación, de separación, de reagrupación de opciones.* Las alternativas con éxito han sido aquellas en las que la fórmula de negociación es muy genérica pero concreta y los detalles de la negociación son altamente complejos pero con cierta ambigüedad¹².

Noveno, las negociaciones fructíferas se han basado en la *generación de confianza mutua* entre las partes. Los múltiples ejemplos alentadores en África, en Asia y en América Latina apuntan en esta dirección. La ausencia de una elemental confianza recíproca incentiva una situación de fragilidad, escepticismo y frustración. Inyecciones adicionales de desconfianza conducen a exacerbar las manifestaciones de violencia pues el único modo de hacerle frente a la carencia de confiabilidad es mediante el uso de la fuerza. El corolario es que se repite lo que se conoce y se busca asegurar el poder negativo que se posee a través de la opción militar. No importa que de esta premisa "racional" de cada contraparte resulte la ruina colectiva. Siguiendo a Arendt, "la práctica de la violencia, como toda acción, cambia el mundo, pero la transformación más probable es hacia un mundo más violento"¹³.

Décimo y último, las negociaciones satisfactorias han sido las que han mezclado firmeza y flexibilidad. En la mesa de conversaciones se requiere simetría porque es mejor tener delante un buen contrincante que un mediocre opositor y es más positivo tener en frente alguien que sabe lo que

quiere y no alguien inconsistente. En esa dirección, es atractivo y eficaz alcanzar una equidad de condiciones de negociación; lo que no es idéntico a igualdad de atributos de poder. Es bueno recordar que la negociación no es un mecanismo para ganar, perder o salir empatado; es una vía para encontrar una salida sensata, operativa y verificable a una crisis, a un conflicto, o a una disputa.

Termino con una muy breve reflexión sobre el caso colombiano. Más temprano que tarde, seguramente volverán a la mesa de conversaciones gobierno y coordinadora guerrillera. En ese sentido, *más que insistir acerca de la "excepcionalidad" del caso colombiano -lo cual no deja de ser un signo de parroquialismo inmovilizante- sería provechoso explorar nuevas y diferentes alternativas, tomando en consideración ejemplos internacionales con resultados alentadores.* La paz siempre ha sido, en otros países, más barata que la guerra¹⁴. En Colombia, el gobierno y la guerrilla parecen coincidir en su afán por demostrar que la pacificación es altamente gravosa. Por ello, la sociedad necesita esclarecer si ambos contendores ya han asumido una decisión estratégica por la paz o si aún se mueven guiados por una determinación táctica en el horizonte de la guerra. Si ello no es identificable o traslúcido, es mejor no crear falsas nuevas expectativas en torno a un diálogo de beligerantes sordos revisitado. Quizá, en el caso colombiano, la formulación de Clausewitz acerca de la guerra como una continuación de la política por otros medios ha sido reemplazada: parece ser que aquí la guerra se ha convertido en un fin para los que carecen de política. O

12 Sobre este aspecto de las negociaciones exitosas ver, en especial, I. William Zartman y Maureen R. Berman, *The Practical Negotiator*. New Haven: Yale University Press, 1982.

13 Hannah Arendt, "On Violence", en Hannah Arendt, *Crises of the Republic*. New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1972, p. 177

14 Ver, al respecto, Juan Gabriel Tokatlian, "Gobierno-guerrilla: ¿Diálogo?", *El Tiempo*, 23 de agosto de 1992, p. 3B

LECCIONES HISTÓRICAS APRENDIDAS DE LOS PROCESOS DE NEGOCIACIÓN PARA LA PAZ EN ALGUNOS PAÍSES DEL MUNDO

Carmelo García, IEPALA (España)

Quiero comenzar mi intervención, saludando cordialmente a la dirección de la Revista "Historia Crítica" y a los componentes del Departamento de Historia de esta distinguida Universidad de los Andes, que han tenido a bien invitarme a participar en este Foro por la Paz en Colombia.

Mi primera palabra, pues, es de agradecimiento por darme la oportunidad de estar entre ustedes. Me siento, gracias a sus ofrecimientos, como en mi casa. Estoy esperanzado porque esta forma de hacer y ser acogido por una universidad, podría convertirse en un modo de cooperación para el futuro: establecer vínculos reales de intercambio para el estudio conjunto de problemas que nos acucien.

En segundo lugar, quiero decir que, desde hace años, por vocación y profesión, he tenido que ser un atento seguidor de los procesos de conversaciones, diálogo y negociaciones para la pacificación de/en distintos países que han estado sometidos a conflictos violentos y armados en el mundo. Por tanto, también he tenido que seguir el largo y complejo proceso/conflicto de Colombia, ante el que perma- necemos aún perplejos, pues desde hace treinta años venimos intentando dar alcance al "caso colombiano", y, a pesar del tiempo y el trabajo dedicado, hemos de reconocer que continuamos sin entender qué sucede en esta tierra y con este abigarrado pueblo que vive y muere -a veces tan absurdamente-aquí.

Mi primera visita a Colombia se remonta a los primeros años de IEPALA, cuando desde Montevideo soñábamos en la integración latinoamericana y en la posibilidad creciente del desarrollo de nuestros pueblos. Hemos tenido que pasar tres largas décadas de sufrir miles de embates y frustraciones, para aprender que, además de nuestros vicios, de nuestra

implacable herencia esquizoide y contrahecha, de las infinitas inercias que arrastramos desde hace más de 500 años..., el factor externo, ajeno, hostil y a mil leguas extraño a lo nuestro era quien mandaba, coordinaba, determinaba, impedía, imponía, dominaba todo sobre nuestras vidas haciéndolas casi imposibles. Tres décadas que se suman al duro aprendizaje de una historia que, hacia adelante, parece no tener salida; cuyo futuro, si es que lo hay, amenaza con ser un hastiado presente, aburridamente repetido, por padres e hijos de generación en generación sobresaltada, de vez en cuando, por el histrionismo triste e irónico de un vulgar bandido que, en el centro del espectáculo, se escapa de su jaula de oro, se ríe del Estado y la Nación (entre otras razones profundas porque son tan débiles que apenas existen o son meras sombras) y logra que sus intereses coincidan, objetivamente, con los de los enemigos de las inmensas mayorías que viven y, sobre todo, mueren en este lindo país.

Colombia, sigue siendo un país fascinante y lleno de sorpresas que han intentado contar y cantar sus narradores y poetas; también es el pueblo cargado de belleza y sueño de infinito que, algún día, se hará verdad; por eso creemos que ha llegado el momento, que las mayorías populares deben alimentarse de paz y mirar su entorno sin miedos; después de tanto tiempo de injusticia estructural, violencia y muerte, esa sería la gran sorpresa; para la que se requiere no sólo imaginación y fantasía sino visión de futuro y la grandeza de espíritu -flores que sólo nacen cuando la inteligencia y la libertad han vencido a los mediocres y sus cretinas mezquindades-.

1. ¿Atrevernó a hablar de la Paz?

Quiero ir centrando el tema con la presentación de algunas razones que justifican mi atrevimiento

para hablar de la paz; o lo que es parecido, de las negociaciones posibles y sus condiciones para conseguir la paz que se necesita.

Y esa es la primera razón fuerte: la paz es necesaria o no es posible. Y ha de ser necesaria por todos cuantos están implicados en el conflicto al menos directamente.

La segunda, en relación directa con la premisa anterior es que la paz es imprescindible para construir cualquier democracia fundamentada en la defensa y respeto de los Derechos Humanos y de los Pueblos. (Casi por principio esta razón no necesita de mayor prueba, pues así es formulado por los representantes y teorizadores de las poderosas democracias y por los proclamadores de los Derechos Humanos). De cualquier manera, antes de terminar mi reflexión volveré sobre esta razón, aunque sea en forma de corolario.

La tercera, es que el punto de partida no es el conocimiento de que sea la paz, sino la experiencia de su negociación o lo que es lo mismo, partimos de la no-paz, pero sin saber qué es la paz, que perseguimos; como tampoco sabemos del todo qué es la democracia y los derechos humanos y de los pueblos; pero no tenemos una idea clara de esos absolutos de paz, democracia, derechos humanos, justicia, libertad, igualdades... que podrían ser aplicados a esta situación o a otras.

Por último me gustaría añadirles que, de los casos que yo les voy a hablar, en los cuales ha habido negociación, tampoco la paz ha terminado siendo una realidad tan triunfante o satisfactoria como se esperaba, hubo momentos brillantes y eufóricos en esos procesos de negociación pero, luego, la materialización de la paz se hizo más compleja y hasta ramplona. Dicho en otro tono: no vayamos, ni aún en nuestra reflexión, tras un mito sino hacia una realidad difícil, que no es ningún final del trayecto, sino el mínimo básico para seguir construyendo un proyecto humano mejor que su negociación; absolutamente mejor, es cierto, pero ningún paraíso.

2. La negociación es inevitable.

Parece que con un título de este tono se dan por solucionadas muchas preguntas previas y por descalificadas las posturas que se niegan, en

virtud -o vicio- de no se sabe qué intereses y lógicas precedidas de rigurosos análisis, a considerar la posibilidad de abrir conversaciones para, dialogando, llegar a negociar. En la viejas "doctrinas" sobre los conflictos solía afirmarse que cuando se utiliza el "último recurso", antes de lanzarlo, es necesario tener previstas las "salidas" al mismo; precisamente la estrategia de esa etapa superior de la lucha se construía planificando la acción conforme esas posibles salidas. Cuando esas previsiones no están estrategiza-das, los conflictos son callejones sin salida y se enquistan o se pierden; difícilmente se "superan".

Pero recurramos a la 'historia': para situarnos correctamente y con el fin de aprovechar el tiempo, necesitamos seleccionar algunos de esos procesos, con la inevitable exclusión de otros que fueron y son muy valiosos -al menos para sus pueblos y para el aprendizaje de los estudiosos-, pero que no podemos referir aquí.

Parece claro que debemos fijar nuestra atención en los casos más cercanos, geográfica, cultural y también políticamente, de Nuestra América; y para ello hemos de acortar el tiempo, poner una fecha, no caprichosa, que nos ayude a situar los procesos políticos que se han venido dando entre la guerra y la paz. Esa fecha, sin duda cuestionable, es, sin olvidar toda una etapa anterior, el 19 de julio 1979: toma del poder, con el triunfo por las armas, de la revolución sandinista, en Nicaragua.

En la etapa anterior al 19 de julio, también hubo negociaciones y procesos de pacificación; se obtuvieron amnistías, treguas, altos al fuego, paces... se dieron contactos, diálogos, conversaciones; y... el balance de lecciones aprendidas nos dice que cada proceso, aún siendo deudor "políticamente" de los anteriores y de los métodos utilizados y de los resultados obtenidos -sobre todo si fueron triunfante para alguna de las partes-, sin embargo, hubo que reinventarlo de nuevo; pues ninguno de los logros sirvió del todo como modelo para el siguiente; por lo que siempre hubo que tener en cuenta el conjunto o "sistema" de "condiciones materiales y sociales, objetivas y subjetivas" de cada una de las situaciones, para construir, negociando, la paz difícil y siempre nueva. Otra lección constante: en todos hubo que ceder y acordar por todas las partes, para hacer concreta la necesidad de paz.

A partir de 1979, o mejor a partir de lo que significó para América Latina, para el mundo de la 'solidaridad internacional' y, sobre todo para la Administración norteamericana, el "hecho Nicaragua", se dará un punto de inflexión duro que impi

miré un cambio en las posibilidades de paz a través del diálogo entre los contendientes: EEUU, directamente o a través de sus aliados o interpuestos, declararán guerras o activarán conflictos por todo el mundo, lo que agudizará los procesos y alejará las paces hasta situaciones límite no sólo de dolor o muerte sino de racionalidad política o simplemente ética; su iniciativa estratégica será prolongar y agotar las tensiones hacia estancamientos internos.

Desde ese momento, por efectos violentos del factor externo -y quizá por efectos internos que deformaron el análisis de la realidad y su medida ajustada, como fue la euforia del posible triunfo definitivo...- no se hacen posibles los caminos que hasta entonces se creían abiertos.

Por desgracia, ahora que el Este se descompuso como potencia amenazante, interviniente o exculpatoria, vamos a poder comprobar que los problemas irresueltos en cada pueblo y que dieron -y dan- razón y sentido a las revoluciones sociales, serán los que- si no se solucionan, y las tendencias no auguran ninguna posibilidad de ello- los que en el próximo ciclo de rebelión vuelvan a agudizar los conflictos que vendrán.

Esa presencia fuerte, reactiva y reaccionaria, de los EE.UU en los campos de lucha, hizo que para la superación de los conflictos de liberación social o nacional, a partir de ese momento, era obligado contar con el factor exterior, si se quería llegar a cualquier etapa, definitiva o previa, de la paz (cuantos esfuerzos se hicieron por altas instancias de la ONU, de los Estados amigos, de fuerzas y líderes políticos y, sobre todo, de los mismos dirigentes de Nicaragua, por encontrar una solución negociada y pactada al conflicto que desató y mantuvo EEUU durante casi diez años... ¿qué respuesta se obtuvo?); ese factor externo marcó todos los procesos de "pacificación" (y cabría preguntar: en el caso de Colombia ¿será necesario para conseguir la pacificación, invitar a ese convidado, en alguna de las representaciones múltiples a través de las cuales está presente en el conflicto que el pueblo sufre en este país?).

Esa ansia de liberación social que ha generado y mantenido buena parte de los procesos de nuestros países, -y de modo especial de los que, al mismo tiempo buscaban la independencia, como, en el comienzo de los 70, las excolonias portuguesas- fue el origen y "la causa" moviente de la mayoría de los

conflictos que tuvieron que buscar la paz a través de las conversaciones y diálogos. Es más, cuando esa causa permanece es necesario que no se olvide y se dialogue, en la mesa de negociaciones, por sus auténticos y legítimos representantes; pero más imprescindible es que no se chantajee a la paz pretendiendo representar y defender dicha causa -los pueblos, aunque siempre tarde, no reconocen a los espúreos y los vomitan-, cuando las mayorías, por un motivo u otro, incluido el cansancio generalizado o el terror, la consideran aplazable ante la urgencia de la sobrevivencia.

Un dato que viene marcado por esa fecha, es el hecho, hasta mucho después descubierto y explicado, de la inviabilidad -no teórica sino política y práctica- del triunfo por las armas. A partir de aquel momento, recuerden: excepto la 'carambola' de Etiopía y Eritrea y, en otro sentido muy distinto, la "victoria" de la SWAPO en Namibia, ningún movimiento -de los más de treinta que a comienzos de los ochenta estaban empeñados en luchas de emancipación consiguió la toma del poder por la lucha armada. Aún hoy permanecen, más o menos residuales, algunas luchas 'parecidas'... ¿que salida tendrán: la toma del poder, la negociación de la salida, el desgaste y enquistamiento, o el paso a otro tipo de actividad armada como forma de pervivencia de un modo de existencia que no tiene otra alternativa? Esa es la cuestión.

3. Las condiciones.

Uno de los temas difíciles de toda negociación son las condiciones o la incondicionalidad en la mesa. No me estoy refiriendo a esas condiciones, sino a ciertos supuestos que, previo al proceso de negociación lo hacen posible cuando las partes han tomado conciencia de la necesidad de la paz. Alguno de esos supuestos son:

3.1 La derrota: Quiero empezar destacando una de las condiciones conocidas como "suficientes", la más rotunda, aunque sea difícil de nombrar: que ambos contendientes se encuentren, de hecho, derrotados. Para explicarme permítanme tomar como mera referencia, algunos de los conflictos de la década de los 70, por ejemplo Vietnam que siempre será además del gran conflicto, la gran lección -para quienes quieran aprenderla-. Vietnam es un proceso de larga duración en el cual se implican, con intereses similares, países diferentes frente a un pueblo que, en la defensa y en la lucha, va adquiriendo un tipo y grado de conciencia nueva y de

organización social, económica, política, militar y cultural en torno de *la resistencia* para no ser destruidos. Una conciencia y creencia de que los vencidos de siempre y los pobres del mundo habían de luchar hasta el límite para defender su dignidad y una soberanía más espiritual -y de ahí política- que material. El conflicto llega a un punto en el que las dos partes, el coloso de USA y los pobres vietnamitas, han conseguido, luchando ferozmente, la derrota de ambos; y se ponen a negociar la paz ineludible, poniendo sobre la mesa, la dignidad ofendida y la vergüenza encubierta -absolutamente irreconciliables entre sí..., si no hubieran estado sobredeterminadas por la derrota común y la necesidad de paz.

Gracias a las mediaciones y al realismo frente a lo imposible llegan a conseguir la gran victoria de la paz -que ninguno de los que lucharon pudo gozar-, una pírrica paz para el "alma herida de los héroes USA" que convertirán en acicate de muchas otras guerras y luchas contra los pueblos extraños ese proceso termina en 1975, después de un largo período de negociación.

Otro aspecto que esta situación nos aporta es que cuando no existe ninguna posibilidad de entendimiento -entre los bandos contendientes, y quizá de entendimiento en términos absolutos- la paz sólo llega con la derrota de ambos.

En síntesis se destaca lo siguiente:

- Naturaleza del conflicto
- Estado y nivel en que se encuentra el conflicto, o grado en el que se halla la correlación de fuerzas, con los dos 'continuos' de análisis: línea de fines: finalidad última -objetivos de plazo largo, medio y corto, con sus respectivos planes - intereses que andan en juego- su relación con el poder real y el simbólico- fuerzas con las que se defiende; línea de fuerzas: potencia militar -potencia política- iniciativa de ataque -estructura y organización.

dirección, mando, orden, disciplina, aspectos subjetivos, relación con la "causa", sus motivos y la moral de victoria- qué bases sociales se sienten expresadas y qué bases sociales apoyan de hecho (con sus "razones"); y los resultados de lucha, con la máxima objetivación posible las "demandas" de paz y sus sostenedores.

- Quién, por qué y cómo plantea el proceso de 'pacificación'? y estudio de las reacciones que provoca, no sólo en los contendientes sino en todos los sectores, directa o indirectamente, afectados; también en la opinión pública nacional e internacional: balance de apoyos propicios y rechazos 'justificados'.
- A partir de ese momento hay que delimitar el posible espacio de la negociación construyéndolo en un doble eje de coordenadas integrado por el eje, en sus tres grados, de:
 - *Las conversaciones y sus "circunstancias"*: lugar, tiempo, modos, formas, número, mesa, protocolo los...y, sobre todo agendas;
 - *El diálogo*: la representación, imagen y credibilidad de los interlocutores.
 - *La negociación en cuanto tal*: y el poder de decisión y acuerdo en la negociación; la capacidad de cumplimiento de lo pactado;

El otro eje de las variables compuestas: agentes, interlocutores, partes, intermediarios, condiciones, los puntos de partida y los de llegada; quién y cómo lleva la iniciativa, qué papel se atribuye -y el que tienen- los factores exteriores sean personales, institucionales, nacionales, regionales, internacionales...; con sus elementos de verificación, control etc¹.

A partir de esas claridades viene el difícil proceso de la práctica, en la que juegan un importante

¹ Sin que interfirieran en el discurrir de la reflexión, enumeramos un leve decálogo de los puntos que fueron, más o menos secuencialmente, ofrecidos a debate en un taller de representantes de fuerzas políticas de algunos países africanos que estudiaron, durante una semana, las condiciones de conflictos de liberación:

- a) Definición de las contradicciones y el grado de enemistad: para saber quienes son enemigos, adversarios, contrincantes, beligerantes, asimétricos...
- b) Las convergencias, confluencias, correlación y confrontación de fuerzas en alianza, en conflicto y su posible medición.
- c) Los objetivos estratégicos de largo plazo y la coherencia de su relación con los objetivos medios y cortos; definición del espacio social y político.
- d) El tema de la 'ideologización' (en su múltiple acepción, pero sin excluir la generadora de falsa conciencia) de las "causas" y de los procesos, en relación con el peligro de fanatización de los medios y procedimientos, ante el aplazamiento 'sine die' de las finalidades que fueron causa y motivos.

papel, las mismas cualidades personales de los negociadores. Pero veamos algún otro supuesto:

3.2 El empate sin salida -y sin derrota- de ambas partes. Es difícil de reconocer y sólo el tiempo y la terquedad aburrada de los hechos que no provocan avances decisivos, puede llevar a la conclusión de la necesidad de paz. Cuando las luchas se han enquistado y, como consecuencia, se hace su duración mayor de lo previsto; cuando empieza a darse, y crece, el 'cansancio de los buenos' y de quienes padecen directamente las consecuencias de la lucha se hace necesaria la paz, en las mejores condiciones posibles. Estoy hablándoles de procesos, mutatis mutandis, como los de El Salvador, Guatemala, El Sahara... quizá Filipinas, ¿quizá en algún sentido, Colombia?.

El referente paradigmático es, sin duda, el proceso de conversaciones para el diálogo, para la negociación, para los Acuerdos de paz que se firmaron en Chapultepec y que, con miles de dificultades de todo tipo lo que hizo que los acuerdos esbozasen mecanismos firmes de gran eficacia pero llenos de osadía e imaginación política, algunas otras normalmente imprevisibles, por la dinámica de las relaciones enfrentadas y porque los negociadores del gobierno ni tienen representación ni control de la totalidad de intereses que están detrás de él. Lo que me interesa resaltar para nuestra reflexión es que, tras largas luchas militares y políticas y un sinnúmero de factores enfrentados de todos los signos, un grupo lúcido de representantes del Frente consiguieron movilizar no sólo a la opinión pública internacional, sino a un puñado amplio de gobiernos, incluido el que figuraba como aliado orgánico y financiero de su enemigo principal, y llevar al mismo corazón de las decisiones de las Naciones Unidas, en su tiempo exacto, unas propuestas claras,

defendidas con mucho realismo y enorme fuerza y "razón".

En un conflicto que, dada la composición y correlación de fuerzas, así como su 'victoria' y sus costos, incluidos los económicos, de ninguna forma una de las dos partes podía ganar venciendo a la otra, se forzó, en el tiempo y espacio en el que los polos parecían más opuestos, una negociación y se firmaron unos acuerdos que, en la misma medida en que se cumplan conllevará la victoria política para las dos y el avance para su pueblo y país.

Estos mismos elementos los encontramos, con sus matices y diferencias, en casos como Guatemala o El Sahara, si bien los gobiernos contra los que están enfrentados los movimientos de liberación, no han creído aún necesaria la paz y siguen empeñados en tratar de engañar a la comunidad internacional y a sus contrincantes con palabras y promesas trapeadas. Este supuesto, en los casos que hemos utilizado -no así en otros posibles- también podríamos titularlo así:

3.3. La inviabilidad de la victoria y la presión internacional con la razón de la democracia y los derechos humanos. Que puede ser aplicado a otros conflictos y negociaciones; lo que aporta, quizá como novedad en los tiempos de aquí en adelante, es que la legitimidad de los conflictos y la credibilidad de las partes implicadas en los procesos por los que atraviesan hasta conseguir la paz, cada día más ha de ser confrontada con esos dos ejes convergentes: la democratización de la sociedad y de los Estados por la participación real del pueblo en el poder, y el respeto, promoción y defensa de los Derechos Humanos, personales y colectivos, empezando por los derechos de aquellos grupos a quienes les son más negados. En íntima relación con este aspecto es necesario destacar la importancia, cada

e) Consecuencias reales o simbólicas de las transmutaciones del bloque del Este, sus alternativas y propuestas.

f) Existen -¿quiénes son?- tos sujetos capaces de transformación real radical de las estructuras y sistema dominante; ¿cuáles son o siguen

siendo las condiciones objetivas y subjetivas, materiales y sociales del cambio posible? ¿y del radical?.

g) El papel del análisis y de la interpretación -cuando no hay explicación- para proyectar fines y hacer propuestas.

h) La definición y defensa de una causa, ¿cuál?.

i) Más allá de los métodos, tácticas y técnicas... la articulación de medios y fines y el riesgo de hacer propuesta inviables que, por ello resultan netamente idealistas (el reclamo del cumplimiento de la materialidad histórica frente a los idealismos alienantes...).

j) Identificación del espacio propio, entre la utopía viable y el realismo pragmático del Gran Mercado.

Y dos apéndices:

La lucha de las potencias a partir del conflicto de intereses, "negocios", voluntades, modelos... y otros protagonismos.

El papel de los "universos de sentido" y de 'sin sentido' en la movilización de voluntades, sentimientos, miedos y emociones. que substraían el apoyo a la paz o sus contrarios.

día más insustituible de la ética, la mejor, la más justa, la más altruista y mayoritaria, la más magnánima y tolerante... aplicada a toda acción política sea del cariz que sea. Y soy conciente de que estamos tocando un fondo difícil porque trasciende a muchos planteamientos ficticios que por aquí y por allí se vienen dando.

Otro supuesto:

3.4 La guerra de desgaste hasta el agotamiento total. Es la táctica seguida por USA y sus aliados cuando lo que se propone es el derrocamiento de un régimen popular contra el que ha desatado una guerra de las llamadas de baja intensidad, aunque la medida de esa bajura resulte muy discutible sobre todo para los que la padecen.

El objetivo de esas guerras no es ganarlas militarmente, sino desgastar hasta su claudicación al poder establecido y sus mecanismos políticos y sociales; en primer lugar hundiendo las economías por el procedimiento de su militarización hasta conseguir que los recursos destinados a la cobertura de las necesidades más apremiantes -salud, educación, pequeño desarrollo, organización- de las mayorías populares queden de tal forma disminuidos que provoquen la desafección, el descontento y, a la contra, el consiguiente apoyo a los "libertadores" que *irán en contra* del orden establecido.

3.5 Desde la "victoria" de los vencidos. En los emocionantes años 70, de tantas posibilidades, casi todas ya frustradas, se dieron algunos procesos importantes para la paz en el mundo del Sur; me refiero a las últimas grandes independencias de Africa-que culminarán en el 80 con la de Zimbabwe y en el 90 con Namibia-, no todas ellas concedidas, aunque tampoco todas ellas del todo conquistadas; en ellas hubo duras presiones exteriores y de una forma u otra, conflicto bélicos. En concreto quiero señalar las que marcaron una era africana que pudo ser nueva pero que ahora, también ha resultado fallida gracias al mismo factor externo del que venimos hablando desde hace tiempo; me refiero a las independencias hoy maltrechas y destrozadas de la excolonias portuguesas, en concreto Mozambique, Angola y Guinea Bissau, -puesto que Cabo Verde no tuvo conflicto directo, aunque sí estuvo incorporado a él en G. Bissau-, y, Santo Tomás y Príncipe supieron ir juntos, dentro de 'los cinco', con sus hermanos de revolución -la de los claveles, en Portugal-, como Asia, Goa, Macao y, con otro destino,

como no podía ser menos al tener como vecino la dictadura indonesia, Timor Este-.

Los procesos de esos países llevaron a un sin fin de diferentes conversaciones que, tras la convergencia de muchas luchas militantes y políticas y de abigarrados discursos ideológicos propios y apropiados, culminaron en la caída de una dictadura enquistada y sin salida en la metrópoli portuguesa, y en el advenimiento de un sueño imposible: que el ejército militar pudiera engendrar una democracia popular. Eso propiciaba la recuperación y renovación de las alternativas africanas que, tras la década de la independencia en los sesenta, se habían quedado en palabrería mimética, sin aportar nada propio al proceso emancipatorio. Fueron los años del 74 hasta el 80, con la independencia de Zimbabwe, por las vías más negociadoras y democráticas conocidas hasta entonces, los que, según parece y a pesar de los esfuerzos de Gran Bretaña, los que hicieron cambiar la estrategia a los aliados de siempre. Fue un tiempo de paz relativa que se truncó, precisamente, por quien hacía ostentación de su democracia y de la defensa a ultranza de los derechos de los pueblos...; sus aliados fueron el apartheid de Sudáfrica y el sionismo de Israel, junto con los apoyos financieros de selectas capas que ocupan altas esferas del poder económico tanto en los EEUU de América, como en Sudáfrica, Portugal y Europa (Alemania incluida). Con ello quiero terminar recordando que las paces o la paz no se mantienen por el hecho de negociarla y acordarla; es más, que teniendo en cuenta a los beligerantes y sus intereses por la paz como un buen negocio y no como un modo de existencia humana..., pueden utilizarla únicamente para reponer fuerzas y lanzar una ofensiva de naturaleza diferente que coja por sorpresa al antiguo contendiente y arrume para siempre -siempre no eternos- las aspiraciones de los pueblos que, casi por naturaleza buscan la paz como condición y forma de vida.

A pesar de que los tiempos se ajustan y son propios del espacio en el que se realizan y de los agentes que los mueve, se da una coincidencia en torno del 79, también en Africa, activada tanto por el aprendizaje de Nicaragua como por la sospechosa buena imagen que los procesos de las excolonias iban adquiriendo en todo el continente negro. Eso va a hacer que la perfección de los acuerdos de Lancaster Housa y la instauración del "socialismo propio" en Zimbabwe por vías absolutamente de-

mocráticas, alerte a los aliados de EEUU y posibles guardianes de las reservas de minerales estratégicos, para poner en marcha el brutal proceso destructor no ya sólo de proyectos revolucionarios que podrían haber sido modelos de los cambios en los países africanos, sino de las mismas condiciones físicas de supervivencia para esos pueblos. Daría la impresión que las negociaciones de Zimbabwe en el horizonte de África Austral marcan el punto de inflexión para África, de los nuevos tiempos que, para otros países del Tercer Mundo que cuenten con productos imprescindibles en la economía del norte culminará en la pública -y un tanto obscena- implantación del nuevo orden mundial proclamado por el extinto Bush en su triunfal guerra del Golfo. El objetivo era que no se diesen más Mozambiques o Zimbabwes en África negra y que las paces rematasen los procesos de derrota de los gobiernos establecidos contra los que se desataron las nuevas guerras nacidas de antiguas paces...

4. A modo de conclusión

Los procesos de paz que en el mundo, en estos últimos años, avalan la posibilidad de que todo conflicto, por muy enconado que esté, es solucionable con unas negociaciones en las que se busque,

con la honestidad y dignidad que se tenga -y ahí cada quien es responsable de la suya- no sólo el alto al fuego y el establecimiento de condiciones favorables para entenderse, sino una paz -jamás absoluta o siempre relativa, como todo lo humano- que sin ninguna duda resulta mejor que cualquier guerra limpia o gris, para los pueblos que vienen padeciendo los enfrentamientos e incluso mejor para los directamente contendientes que a lo peor ya se han acostumbrado a uniformarse de odio y 'razones' fantásticas que no responden a la verdad ni aún de las palabras. El tema se convierte, pues, en cómo acceder a la mesa de negociación y, sobre todo, cómo empeñarse en construir la difícil paz que haga compatibles los intereses opuestos y conciliables, las posiciones que se definen como antagónicas. A estas alturas de existencia del grupo zoológico humano, a pesar de lo que actualmente vemos en las Yugoslavias absurdas, lo más revolucionario sigue siendo vivir y posibilitar la vida a las mayorías y, desde ellas -que son las que padecen las imbeciles muertes- aspirar a la sociedad humana de todos. Es posible; también necesario. El tema va a terminar siendo tan simple como que haya que quererlo y ponerlo en marcha. ¡Muchas gracias!. O

LA REINSERCIÓN COMO CONSTRUCCIÓN DE UNA NUEVA FORMA DE RELACIÓN SOCIAL

Fabio López de la Roche. Historiador, Político, Investigador Asociación de Trabajo Interdisciplinario A.T.I., Profesor Departamento de Historia Universidades de los Andes y Javeriana.

Introducción

El presente trabajo no pretende abordar la pluralidad de campos, de situaciones y de problemas relacionados con el proceso de reinserción de los excombatientes guerrilleros a la vida civil.

La reinserción tiene que ver con múltiples escenarios tales como la incorporación a una actividad laboral y económica, con el regreso al núcleo familiar o por lo menos a algún tipo de relación familiar,

con la recuperación de derechos civiles a través del indulto con la concesión a las antiguas organizaciones de espacios de favorabilidad política, con programas educativos (alfabetización y validación de la primaria y el bachillerato, readmisión a la universidad, formación ciudadana, etc.), con la atención psico-social, y con la capacitación técnica en determinadas destrezas laborales imprescindibles para el desarrollo de los proyectos productivos en los cuales se han embarcado los excombatientes.

Se podría también hablar de la organización institucional para la conducción del proceso de reinserción, de los niveles de preparación o imprevención del Estado y de las propias organizaciones desmovilizadas para asumir exitosamente el proceso, de las tensiones entre funcionarios de reinserción y desmovilizados, del perfil que se le confiere a la política de reinserción en el contexto de la política de paz, etc, etc.

Ante la imposibilidad de abordar tantos y tan diversos campos del proceso, centraremos nuestro análisis en algunos aspectos que han venido siendo objeto prioritario de nuestra atención, y que tienen que ver con la reinserción en términos de cultura política, a nivel de psicología política (imaginario político, percepción del estado y del sistema político, concepción del antagonista político, etc), en síntesis, la reinserción como un proceso que implica transformaciones sustanciales en la subjetividad de los desmovilizados en sus ideales, en sus valores, así como en sus actividades y comportamientos ante la realidad. Además de estos planos de la cultura política, abordaremos otros aspectos, a través de los cuales presentamos una propuesta de concepción global de la reinserción.

Intentaremos mostrar la necesidad de que el proceso de reinserción involucre transformaciones de cultura política (conocimientos, valores, actitudes, gestos, aspectos simbólicos de relaciones políticas, etc.), no sólo desde los desmovilizados, sino también desde otros actores de la vida nacional. Finalmente, mostraremos algunas posibilidades que podría entrañar un adecuado manejo del proceso de reinserción, concebido como parte constitutiva del proceso de paz y de reconciliación nacional.

I. La reinserción como redefinición de una cultura política de izquierda con claros rasgos de intolerancia y autoritarismo.

Consideramos conveniente que en las políticas de reinserción, tanto desde el gobierno como desde las organizaciones, la dimensión relacionada con las transformaciones a nivel de la subjetividad, es decir, con las rupturas y redefiniciones a nivel del mundo espiritual, conceptual y valorativo de los sujetos principales del proceso de reinserción, reciba una mayor atención.

i Nos resulta fácil que los problemas relacionados con la vida cultural de las sociedades sean objeto de atención y simultáneamente objeto de políticas que

produzcan transformaciones en dicho campo. Su-
brayando "el ambiguo status de las cuestiones culturales", el sociólogo chileno José Joaquín Brunner ha tratado de explicar algunas de las razones determinantes de esa cierta desatención que ha existido hacia las dimensiones culturales de la vida de la sociedad, desde los estudios académicos, como desde las instancias institucionales desde las cuales se piensan y se toman las decisiones: "Hablar de la cultura con sentido exige referirse a representaciones colectivas, creencias profundas, estilos cognitivos, comunicación de símbolos, juegos de lenguaje, sedimentación de tradiciones, etc., y no sólo a los aspectos más fácilmente cuantificables de la cultura: es decir, a los movimientos del mercado de bienes culturales. Las ciencias sociales latinoamericanas sólo se han preocupado marginalmente de esos problemas culturales, tal vez porque ellos no se hallan situados demasiado alto en la escala del prestigio académico ni ocupan un lugar central en la jerarquía de los problemas que pueden ser atacados político-técnicamente".

Consideramos entonces que un buen manejo de la reinserción requiere de un adecuado conocimiento del mundo político-cultural propio de las izquierdas, de sus apuestas ideológicas, de sus ideales y esquemas de valores.

Las izquierdas colombianas vienen experimentando un interesante proceso de redefinición de las formas tradicionales de su cultura política. Este proceso transcurre con desigual intensidad en dependencia de las características propias de cada organización, de sus concepciones ideológicas, de sus estructuras organizativas, de su vinculación o no al proceso de paz, y también de acuerdo a la evolución particular de cada organización desmovilizada con posterioridad a la dejación de armas y reincorporación a la vida civil.

Simplificando, podríamos afirmar que ese proceso de redefinición de la cultura política de las izquierdas tiene que ver con tres ejes fundamentales: 1) la recuperación de la democracia como un ideal estratégico, y no sólo como presupuesto táctico, y como necesidad de la vida interna de las organizaciones políticas (habría que precisar que en el caso de las organizaciones armadas hay unos límites obvios a cualquier eventual proceso de democratización, dado su carácter de ejércitos sujetos a unas jerarquías, a la obediencia a los superiores y a la disciplina militar); 2) Una mayor aproximación

a las realidades nacionales y a las características culturales de los colombianos desde las vertientes marxista-leninista de la izquierda (no tanto desde el M-19 que viene desde una tradición nacionalista), sumidas tradicionalmente en esquemas pro-chinos, pro-soviéticos, pro-albaneses y pro-cubanos; y 3) un proceso de secularización de su concepción del mundo y de transición a posiciones más pragmáticas y menos ideologizadas.

En Colombia el proceso de crítica y redefinición de la vieja cultura política de izquierda como proceso interno experimentado por las organizaciones, es un proceso relativamente reciente, lento, y altamente traumático en virtud de las siguientes razones:

1. En ese proceso de ruptura los sectores renovadores no siempre han podido arrástar tras de sí a las mayorías, como sí sucedió con la desmovilización del EPL, más no en el caso del sector civilista de la U.P, o de los Círculos Bernardo Jaramillo, salidos del seno del Partido Comunista.

2. Los asesinatos de los líderes izquierdistas Jaime Pardo Leal, Bernardo Jaramillo y Carlos Pizarro, privaron a la izquierda de unos conductores en gran medida irremplazables, dotados de un enorme carisma y de un potencial renovador que los habría convertido muy probablemente a la vuelta de unos años en líderes políticos de significación nacional, eventualmente capaces de dar inicio a un proceso histórico de aproximación y entendimiento entre unas fuerzas de izquierda tradicionalmente muy sectarias en su relacionamiento mutuo, y desprovistas de una auténtica vocación unitaria.

3. La precariedad de la reflexión política en los partidos de izquierda colombianos, carentes de ideólogos que desarrollen un trabajo de reconstrucción y adaptación crítica de las propuestas socialistas a los tiempos de la crisis del comunismo y del paradigma revolucionario marxista-leninista, y su aislamiento con relación a los debates en América Latina y el mundo acerca de estos temas.

4. El desdibujamiento ideológico y político del M-19, presa de sus debilidades estructurales (la inconsistencia y ambigüedad de su propuesta doctrinaria y sus carencia organizativas), de la conducción hiper-pragmática y personalista de Antonio Navarro, y de la ausencia de una concepción capaz de dar cuenta de la historia reciente del país, del pasado, de la propia organización, y de las expectativas de miles de colombianos, que después de darle

su voto de confianza, y haber estado dispuesto a participar en la construcción de una alternativa democrática al bipartidismo, han tenido que resignarse a la realidad de un movimiento sin solidez organizativa ni democracia interna, carente de identidad social y sin mayor claridad para plantear una política y un discurso coherentes ante los grandes problemas nacionales.

A pesar de lo ambiguo y traumático, y de lo lento de este proceso de redefinición de la vieja cultura política de izquierda, este avanza, nutriéndose de las reflexiones de las distintas investigaciones sobre violencia producidas en los últimos años por equipos especializados, y de las aproximaciones críticas de cientistas sociales independientes que han empezado a incursionar críticamente en el mundo de la cultura política de las izquierdas en Colombia pero sobre todo en otras latitudes de América Latina

Una segunda fuente de avance de ese proceso tiene que ver con las rupturas, revisiones críticas y nuevas perspectivas que se han venido configurando en vísperas, durante y después de la desmovilización, a nivel de los ex-combatientes del M-19, EPL, PRT y Quintín Lame.

Mostraremos enseguida algunas líneas centrales de la crítica al viejo paradigma marxista, adelantada por investigadores colombianos y latinoamericanos (chilenos, mexicanos, etc.), y luego presentaremos algunos testimonios tomados de entrevistas e historias de vida de excombatientes, que arrojan luces sobre algunos de los principales ejes de redefinición de la vieja cultura política izquierdista.

Los rasgos antidemocráticos de la vieja tradición de izquierda y su crítica desde las ciencias sociales latinoamericanas

Para que nuestra presentación no deje la impresión de que desvinculamos estos rasgos del contexto histórico en que ellos se gestaron y se constituyeron en orientadores de comportamientos políticos de izquierda, es necesario precisar que muchos de estos fundamentos ideológicos y elementos hegemónicos en la concepción de la vieja izquierda, se configuraron en íntima relación con las dinámicas de intolerancia, autoritarismo y exclusión presentes en el sistema político del Frente Nacional, y se inscriben también en **un tiempo histórico específico** o de las décadas de los 60 y 70 (que para Colombia tal vez se prolongaría hasta mediados de los 80,

sino hasta comienzos de los 90), tiempo caracterizado por la presencia en el universo cultural de la izquierda latinoamericana y colombiana de unos determinados contenidos valorativos que orientaron como ideas-fuerzas su acción política.

Veamos a continuación algunas de las ideas fundamentales de ese viejo paradigma de cultura política izquierdista.

1. Adhesión al modelo bolchevique de captura de poder, a partir de la cual este se podría ejercer indefinidamente en el tiempo, proscribiendo además cualquier forma de competencia u oposición político-partidaria.

2. Concepción clasista y excluyente de la sociedad y del orden deseable, sobre la cual se construye una ética clasista del comportamiento revolucionario, justificatoria en el caso del movimiento armado, de procedimientos delincuenciales y violatorios de los derechos humanos como el secuestro, la extorsión, el "boleteo", etc. Esta ética clasista configura enemigos absolutos e irreconciliables, condena irremediamente a la burguesía al exilio en la Florida, y en general se constituye en un factor de desgarramiento interno del tejido social por la vía de la intolerancia y el maniqueísmo clasista.

Esta lógica clasista se expresa claramente en el lenguaje usado por los miembros de las guerrillas: 'el boleteo' y las 'vacunas' son "contribuciones" a la revolución; el secuestro es una "retención"; el asalto y saqueo de una oficina de la Caja Agraria, o el asesinato de un policía para hacerse a un arma, son acciones de "recuperación" de dinero o de armas para el pueblo.

Sobre la base de esta lógica clasista supremamente subjetiva y laxa en sus aplicaciones prácticas, se producen con frecuencia abusos y excesos muy cercanos a los procedimientos de la delincuencia común. Un comandante de frente puede decidir, en base a consideraciones meramente subjetivas, quién es "boleteable" o "secuestrable". En ataques a pueblos se ha decidido de antemano golpear a comerciantes o a dueños de establecimientos considerados "mala gente" por la guerrilla o por la población.

Nos parece que habría que prestarle más atención al universo valorativo con que funcionan las distintas organizaciones guerrillas. Cuando en medio de las negociaciones del Gobierno con la Coor-

dinadora Guerrillera en Tlaxcala uno de los negociadores de la guerrilla afirmó que "el secuestro es un impuesto social", los medios hablaron del "cinismo" de la Coordinadora. Antes que cinismo cabría ver allí un universo particular de valores desde el cual se lee la realidad. Nos parece que estas dimensiones ideológicas y culturales de la vida guerrillera deberían de ser miradas más atentamente con el fin de avanzar en la reinserción de los grupos desmovilizados y en las negociaciones de paz con la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, sobre la base de una mayor capacidad de entender el mundo cultural de aquel que se reincorpora a la vida civil o con quien se adelanta un diálogo de paz.

3. Concepción religiosa de la política como adhesión a principios absolutos. El marxismo-leninismo aparece allí como la verdad absoluta y la única forma posible de cientificidad. Se configura entonces una concepción terminal y excluyente del conocimiento, y una imposibilidad de concebirlo como una verdad en permanente construcción.

4. Funcionamiento de la formación ideológico-política sobre la base de un conocimiento precario y sesgado de los hechos y datos de la historia y la realidad nacional y de esquemas generalizantes y facilistas de interpretación de la misma.

5. Opción por la revolución política y social como un ideal de ruptura radical con el pasado y el presente, los cuales se consideran intrínsecamente perversos, y por la construcción de un orden enteramente nuevo.

6. Intimamente ligada a la opción anterior, una subvaloración de la importancia de las reformas sociales y políticas (entendidas en el mejor sentido de la palabra y no como estratagemas demagógicas de la burguesía, así a veces ellas lo sean), y un menosprecio del trabajo orientado al desarrollo y perfeccionamiento de la instituciones.

7. Subvaloración de la democracia política la cual es vista peyorativamente como democracia 'formal' o 'burguesa', y de las premisas jurídico-institucionales de los regímenes democráticos (estado de derecho, tridivisión del poder, autonomía y fortaleza del poder judicial y de los organismos de control a la acción del Estado, etc.). Contraposición entre la democracia burguesa y la democracia socialista, la cual no tendría ninguna relación genética ni de continuidad o profundización con la anterior.

Habría que precisar que este menosprecio de la democracia política se deriva no solo y simplemente de una opción ideológica, apriorística, que contraponía democracia burguesa a democracia socialista. La subvaloración tradicional por la gran mayoría de las izquierdas colombianas de la democracia burguesa o de la democracia formal tiene que ver además con las inconsecuencias y contradicciones de la democracia colombiana, que junto al mantenimiento de una serie de instituciones propias de un estado de derecho de libertades y derechos civiles, permite la coexistencia paralela del estado de sitio, de formas autoritarias y de represión de la protesta social legítima, de grupos de violencia privada, de la impunidad y de la falta de garantías para la vida humana, así como de evidentes expresiones de intolerancia y exclusión antizquierdista.

8. Opción no siempre justificada y muchas veces deliberada, por la violencia como forma privilegiada de lucha, a partir de una determinada concepción de la acción política que hacía de la lucha armada la 'forma superior' de la lucha política.

9. Visión mesiánica y paternalista de la lucha armada, como una forma sui generis de acción justiciera que vendría a llenar el vacío generado por la ausencia de una comunidad consciente y organizada para la defensa de sus derechos políticos, económicos y sociales. Incomprensión del efecto de la opción por la lucha armada en la 'macartización' de la protesta social legítima y en el mantenimiento de la debilidad organizativa de la sociedad civil y de la opinión pública en Colombia.

10. Imposición por el movimiento armado, de proyectos políticos y de formas de lucha, sin consultar con la sociedad.

11. Intimamente ligada a lo anterior, está la atribución frecuentemente arbitraria por parte de las distintas guerrillas, de la representación de los intereses de la sociedad.

12. Construcción en muchas regiones periféricas del país, -en parte debido a los niveles de marginalidad, arbitrariedad, corrupción, pobreza y desigualdad imperantes en las relaciones sociales de muchas zonas de colonización-, de formas de "civilización autoritaria" de la sociedad (moralización autoritaria de las alcaldías por la vía de la intimidación, proscripción por la vía del temor y de la pena de muerte institucionalizada, del consumo de drogas, de la prostitución y de expresiones delincuen-

ciales como el abigeato, etc). En varias de estas regiones la guerrilla funciona con un criterio de propiedad sobre el territorio y sobre la población y en años anteriores se producían con frecuencia combates entre los mismos grupos guerrilleros por la posesión del territorio y por "la masa" (la gente de la población civil potencialmente auxiliadora de la guerrilla).

Las autocríticas, rupturas y redefiniciones experimentadas por los combatientes desmovilizados

Mostraremos en palabras extraídas de historias de vida y entrevistas realizadas con desmovilizados, algunos de las líneas de su autocrítica como sujetos de esa vieja cultura política de izquierda, así como de avances en la redefinición de su propia subjetividad.

Uno de los cuestionamientos más extendidos tiene que ver con la crítica a la manera religiosa como fue asumido el marxismo, en un proceso en que simultáneamente al rompimiento con la religión católica tradicional bajo la seducción del ateísmo y de la concepción dialéctico-materialista y 'científica' del mundo, se producía un reemplazo, en términos de mecanismo de creencia, de la fé católica por la fé en el carácter todopoderoso de la doctrina marxista. Una excombatiente, recordando las sesiones de "crítica y autocrítica" en las que los militantes consultaban con el comisario político los asuntos de su vida privada, de la ética de las relaciones de pareja y en general, de su vida sentimental, comenta con sano humor autocrítico cuan parecidas eran esas sesiones al "yo pecador me confieso" de la tradición católica⁵.

Un exmilitante del Partido Comunista de Colombia (Marxista-Leninista), recuerda la vida del partido a comienzos de la segunda mitad de los 70 y precisa que "todo era muy estalinista, incluso yo, el seudónimo mío en la guerrilla fue 'acero', en parte por Stalin y en parte por ciertos... no sé, eso fue algo en la formación de uno, caí en la religión marxista: de tener de ídolos a Dios y a Cristo en mi época juvenil, caí en el pedestal de Stalin".

Muchos militantes han comenzado un proceso que a decir verdad no es nuevo y que han vivido cientos de militantes de izquierda crecidos al calor de los 60 y los 70, y que tiene que ver con un buceo explicativo de la propia historia cultural personal, en donde saltan a la superficie aspectos relacionados

con la socialización religiosa que se tuvo en la familia y en el colegio y los entrosques de ella con muchas actitudes de la época de militancia. El mismo entrevistado, comparando la formación tradicional recibida por él en un colegio religioso de Medellín la cual encuentra retrospectivamente "muy plana", no puede dejar de ver las similitudes con "la forma en que trabajamos 15 años en el PCC (M-L), planos".

Otros de los ejes centrales del proceso de redefinición ideológica, y de valores y actitudes, está ligado al redescubrimiento por los excombatientes de la sociedad colombiana, la cual empieza a mirarse más desprevenidamente y sin los sesgos de la ideología.

Conversando por ejemplo, en torno al tema de la relación del PCC (M-L) con los desarrollos de las ciencias sociales en Colombia, un ex-guerrillero urbano precisa que "nosotros fuimos muy dados durante nuestro desarrollo a macartizar y a descalificar los aportes de la intelectualidad colombiana porque inmediatamente los enfilábamos en la "social-democracia", o en "el liberalismo", o en "la intelectualidad que no se compromete con las ideas prácticas de la revolución". Entonces era muy dañina esa labor que se hacía al interior de la fuerza. Nos creábamos la visión de que únicamente nosotros teníamos la razón, teníamos claridad sobre los que estaba pasando en este país y que los demás estaban equivocados. Entonces, que esos análisis correspondían al de la social-democracia y que este iba en provecho de los intereses capitalistas".

Otras redefiniciones tienen que ver con aspectos vinculados a los excesos y abusos cometidos en el accionar militar, y a las violaciones de derechos humanos en que se incurrió en muchas ocasiones. El siguiente testimonio del mismo excombatiente urbano, interrogado acerca de qué sería lo más negativo que el encontraría en la vida guerrillera, constituye una autocrítica cruda y desgarrada que evidencia no sólo la sinceridad del cambio político y cultural asumido, sino los costos a nivel humano que implican estas rupturas en las actitudes y valores: "El abuso, mano. Yo creo que nosotros abusamos como guerrilla no únicamente del movimiento social, no únicamente del común del pueblo, sino también al interior de nosotros. Unos compañeros abusaron de otros, en base a criterios muy personalistas, eso es lo peor que uno puede haber hecho con un compañero. La irresponsabilidad, yo pienso que

la nuestra respecto al accionar militar, en muchas oportunidades fue lo más negativo que nosotros pudimos haber hecho. Me parece que llegamos a un momento en que nosotros valorábamos muy poquito la vida. La salida fácil para quitarle a un tipo un revólver o una escopeta, era matarlo. Entonces yo pienso que si algo nos mató a nosotros desde el punto de vista de la imaginación como fuerza militar, como fuerza guerrillera, fue la irresponsabilidad y el facilismo. (...) De lo que yo más me reprocho me tocó vivir (...) es matar a alguien pa' quitarle un carro, eso es hoy desde la óptica mía, lo más denigrante que puede hacer un ser humano. O sea, ese es el extremo, el colmo, y nosotros lo hacíamos, nos tocó hacerlo. Maluco eso, muy maluco".

Estas redefiniciones que estamos señalando no suponen, sin embargo, que los ex-combatientes asuman necesariamente una actitud de arrepentimiento total por su pasado y de consecuente conversión hacia posiciones políticas incondicionales frente al establecimiento. Muchos mantienen fuertes elementos de identidad con un pasado, con unas razones para haber tomado la decisión de lucha armada que siguen considerando fueron válidas para su momento. Numerosos excombatientes, redefiniendo sus viejos esquematismos, mantienen su opción por un proyecto radical de transformación económica y social de la sociedad que satisfaga prioritariamente los intereses, necesidades y expectativas de los sectores populares. Podríamos afirmar entonces, que su radicalismo de hoy es más cultivado, menos ideológico y más consciente de sus deberes democráticos, una opción política personal respetable y susceptible de enriquecer un nuevo escenario político ampliado y pluralista en Colombia.

Llama la atención en la visión de los sectores políticos cercanos a la Coordinadora Guerrillera la recurrencia de actitudes maniqueas y condenas morales por "traición a la revolución", por "revisionistas" o por "social-demócratas", que se esgrimen para descalificar las opciones políticas tomadas por los desmovilizados y sus organizaciones. Si bien sería ingenuo desconocer realidades innegables como el desdibujamiento de la AD M-19 como un proyecto capaz de expresar los intereses populares, de articularse a los movimientos sociales y construir una propuesta que recoja las luchas históricas de numerosos sectores que han contribuido a la apertura reciente del sistema político y a evidenciar sus rasgos históricos de intolerancia y exclusión, habría

que anotar que no se puede reemplazar las armas de la crítica civilizada, argumentada y convincente, por las de la tolerancia ideológica contra las posiciones y comportamientos políticos divergentes de los propios, ni mucho menos recurrir el asesinato de los desmovilizados con el argumento absurdo de que "traicionaron la revolución".

Estos comportamientos maniqueos están relacionados en buena parte con ese tipo de cultura política antes presentado y con las prácticas de adoctrinamiento ideológico de los combatientes, pero también con los bajos niveles educativos y de experiencia política democrática de los jóvenes reclutados como guerrilleros. La marginalidad, la falta de oportunidades educativas y el tipo de relaciones políticas y sociales asimétricas en las regiones marginales rurales y urbanas en donde se recluían los guerrilleros, no constituyen el escenario social más propicio para el crecimiento de personalidades tolerante y democráticas.

Nos parece indispensable para observar un poco desde fuera y comprender la especificidad de nuestra situación, como también las semejanzas con otras experiencias actuales de las izquierdas de América Latina, comparar el cuadro de la izquierda colombiana de predominio del epíteto descalificador y de las acusaciones morales (izquierda radical), o de pragmatismo externo y bandazos de 180 grados sin construcción de discurso nacional alternativo ni de identidad política y social (caso de la AD M-19), con el cuadro de relaciones y de debate de ideas al interior de la izquierda chilena.

Si bien en Chile también se da un aglutinamiento de fuerzas políticas que defienden un perfil ortodoxo marxista-leninista en el cual tiene cabida varias de las posiciones ideológicas de la vieja izquierda, e igualmente encontramos unos sectores de izquierda (socialistas) más pragmáticos, "social-demócratas", en el buen sentido de la palabra, y con tendencia a aproximarse a la democracia cristiana, el panorama en términos de cultura política es harto distinto. La experiencia autoritaria vivida por el pueblo chileno durante la dictadura de Pinochet ha conducido a un sector de la izquierda chilena a apreciar más el valor del ordenamiento democrático y de sus fundamentos institucionales (el estado de derecho, los derechos individuales, las garantías jurídicas, la autonomía del poder judicial, la competitividad política, etc.) comprender y reconocer que cualquier proyecto socialista que intente materiali-

zar aspiraciones populares legítimas de justicia económica y social, deberá hacerlo retomando y perfeccionando los mecanismos de la democracia formal o representativa, y no prescindiendo de ellos.

En contraste con nuestro pobre e ideologizado panorama en cuanto al debate y producción acerca de la redefinición de los proyectos socialistas de sociedad y a su adecuación a los nuevos tiempos, encontramos en Chile, y en particular en el seno de la tradición socialista, una rica e interesante reflexión caracterizada por un nivel notorio de sofisticación, que coloca con el centro del debate aspecto tales como la pertinencia de insistir en la idea de "revolución", o el lugar del marxismo y del leninismo en las propuestas socialistas, y propone para su discusión conceptos tales como los de "socialismo post-utópico", "socialismo post-comunista", "socialismo reformista", "izquierda secular", "vieja y nueva izquierda", etc. (Manuel Antonio Garretón, Jorge Arrate, Tomás Moulián, Guillermo Sunkel, José Joaquín Brunner, Ignacio Walker, etc.).

Habría que precisar que la redefinición de los proyectos de izquierda en Chile tiene lugar en un país con una tradición de cultura política, en donde, a diferencia de Colombia, ha existido a lo largo del siglo XX un centro político hegemónico más flexible y tolerante con las opciones socialistas y comunistas, con excepción de la dictadura de Pinochet. La otra diferencia sustancial que permite entender el actual proceso de la izquierda chilena y el debate a su interior en torno a la recomposición de sus proyectos de sociedad, tiene que ver con el hecho de ser Chile un país en donde la idea y la práctica socialista y comunista, en virtud de una serie de procesos político-culturales diferente a los que vivió Colombia, conquistaron mediante su acción histórica, las simpatías de un sector significativo de la nación, y estuvieron asociados a los esfuerzos de modernización e industrialización de la sociedad durante los gobiernos frente populistas de los años 30 y 40.

Otro factor que puede explicar estos dos distintos cuadros de debate políticos propios de las izquierdas chilena y colombiana, es el de las relaciones establecidas desde los partidos de izquierda con los intelectuales. Reconociendo que a nivel de todos los partidos comunistas y de todas las organizaciones marxistas-leninistas en América Latina se han dado similares dificultades estructurales para configurar una relación atenta, respetuosa y no instru-

mental con los intelectuales, podríamos no obstante postular como hipótesis que en el seno de la izquierda chilena se configuraron históricamente unas ciertas posibilidades de expresión autónoma y de participación creativa de los intelectuales en la vida política interna de las organizaciones, que en nuestro caso no se dieron.

Llama la atención la ausencia de un interés más profundo y sistemático desde nuestras izquierdas hacia las experiencias renovadoras y reformulaciones de los proyectos izquierdistas que tienen lugar en América Latina y en Europa. En la experiencia cultural actual de las izquierdas colombianas probablemente se siga expresando cierto ensimismamiento nacional y cierto provincianismo en relación con el desarrollo continental y universal, que caracterizaría el conjunto de la vida cultural colombiana, las élites dirigentes incluidas, como veremos posteriormente.

Terminando esta primera parte, nos parece importante subrayar la necesidad, en el proceso de reinserción, así como en los esfuerzos de redefinición de la cultura política de las izquierdas, de programas educativos que aborden el estudio y discusión acerca de estos aspectos autoritarios y de intolerancia en la tradición de cultura política izquierdista.

II. La reinserción como reconocimiento de los aspectos positivos de la tradición político cultural de las izquierdas.

Nos parece importante rescatar en una concepción democrática de la reinserción y de la reconciliación nacional, los aspectos positivos de la historia de las organizaciones de izquierda armadas y legales, vistas como movimientos sociales y políticos, como sensibilidad colectiva o como espacios de elaboración intelectual sobre la realidad. Los acuerdos firmados por el Gobierno Nacional con las organizaciones político-militares desmovilizadas parecen responder en lo que esto respecta a una clara intención democrática y pluralista de ampliación de nuestra democracia y expresan su apoyo a la elaboración y difusión de trabajos periodísticos y de investigación sobre la historia de dichas organizaciones y de sus luchas reivindicativas.

Pensamos sin embargo, que es necesario rescatar las facetas positivas de esa tradición de cultura política no sólo por estas razones democráticas que están en la base de los acuerdos de paz, sino también

por consideraciones relacionadas con la dimensión psicosocial de la reinserción como proceso altamente traumático en sus implicaciones para la subjetividad de los desmovilizados (difusión en muchos de ellos de sentimiento de frustración y pesimismo, de haber perdido el tiempo los años en que se estuvo en la guerrilla, etc.). Creemos por ello que es de suma importancia en el proceso de redefinición de los valores políticos de los ex-combatientes, y así lo expresa uno de los informes de la A.T.I sobre el trabajo de formación ciudadana adelantado con los desmovilizados, "conservar el aprecio por los ideales y aspectos constructivos presentes en la historia personal y colectiva de los exguerrilleros y sus organizaciones". Resultaría equivocado y altamente nocivo para la reinserción psicológica y política, afirmar una óptica de ruptura total con el pasado, que no vea en él sino errores y equivocaciones. Ninguna persona puede cambiar sus actitudes y proyectarse con optimismo y confianza hacia el futuro sin un cierto apoyo en lo bueno y positivo hecho por ella en el pasado.

La invisibilidad de las izquierdas y la necesidad de ver también sus contribuciones a la dinámica democrática.

En la memoria del entonces Ministro de Gobierno al Congreso en 1986, el titular de la cartera, Jaime Castro, explicaba el intento del gobierno de posibilitar la participación institucional de las fuerzas de la izquierda, con estas palabras: "La izquierda ha sido un hecho político permanente en Colombia. Se encuentra en la universidad, en los sindicatos, en los paros cívicos, en el mundo de los intelectuales. Casi toda manifestación artística o cultural tiene un ingrediente de ese tipo. Sin embargo, carecía de expresión institucional y de acceso a las instancias decisoras. **Sin comprometer el bipartidismo** (las negrillas son nuestras F.L) ni el sistema democrático, el nuevo ordenamiento le permitió conseguir presencia político-electoral que no había obtenido en la historia del país, con reflejo adecuado en los cuerpos colegiados.

Son más bien excepcionales desde el discurso de los líderes nacionales del bipartidismo estos reconocimientos a la izquierda como parte constitutiva de la vida política y cultural nacional. Cuando se han dado, han sido reconocimientos presionados por las circunstancias y pronunciados quizás como un recurso de autoprotección, como en los magnicidios de Pardo Leal, Carlos Pizarro y Bernardo Jaramillo,

cuando el presidente Barco en tan difíciles coyunturas, ratificaba discursivamente -mientras los militantes de la Unión Patriótica seguían cayendo todos los días víctimas de la guerra sucia- la importancia del pluralismo y del respeto a las diferencias ideológicas. La gran mayoría de dirigentes nacionales y regionales de los dos partidos, y podríamos decir que muy amplios sectores de la población colombiana socializados políticamente en el seno de los partidos tradicionales, no parecen tener mayor conciencia de que la historia de las izquierdas es parte constitutiva de la historia colombiana y del diálogo que un importante sector de conciudadanos ha tenido con las utopías sociales y con las revoluciones y experiencias internacionales de construcción socialista (la revolución rusa de 1917, la revolución china de 1949, la revolución cubana de 1959, la revolución argelina de los años 60, la experiencia de la Unidad Popular chilena de 1970 al 73, la revolución sandinista de 1979, etc.).

Esta marginalidad de la izquierda en Colombia tiene que ver en parte con el arraigo histórico del bipartidismo y su carácter de base del sistema político colombiano; en parte también con el dogmatismo, el discurso político teorístico y el carácter extranjerizante de las propuestas de los partidos de izquierda que las alejaba del mundo cultural de las grandes mayorías; y en otra buena parte con las prácticas de exclusión y los rasgos de anticomunismo y antizquierdismo de la cultura política frente-nacionalista.

La invisibilidad de la izquierda o la visibilidad negativa de la misma, están relacionadas también con el monopolio bipartidista de los medios de comunicación de masas, cuyos directores determinan que es contable, que es noticiable, qué es mostrable, a partir de una concepción bipartidista de la democracia informativa.

La otra causa de invisibilidad de las izquierdas está asociada a la ausencia de diarios de masas, espacios radiales o televisivos nacionales, orientados por lo que pudiéramos llamar un pensamiento y una sensibilidad de izquierdas, que si bien existe como sector de la opinión y como filiación política de muchos colombianos que adhieren a una u otra propuesta política de izquierda o que se acercan a ella porque no se sienten representados por el bipartidismo, no encuentra sin embargo, una expresión medianamente orgánica desde los medios de comunicación de masas.

El acceso de la Alianza Democrática M-19 a un noticiero de televisión no parece haber ampliado las posibilidades de difusión de los problemas organizativos, debates ideológicos y desarrollos políticos de la izquierda, ni el espectro de propuestas temáticas y de facetas de realidad abordadas tradicionalmente por los teleinformativos colombianos. No parece corresponder la práctica comunicativa de la nueva agrupación política a aquella idea de su líder Carlos Pizarro, quien afirmara alguna vez que el M-19 debería ser un vehículo para grandes cambios y para la expresión de la gente que tiene sus tesis guardadas "esperando la oportunidad de expresarlas con libertad" todo esto resulta bastante paradójico si recordamos el interés y la imaginación que siempre puso el M-19 en el manejo de los medios y los fenómenos de masas.

Aspectos positivos del universo de valores de las izquierdas y aportaciones a la sensibilidad democrática de la sociedad.

Veamos enseguida, en una presentación globalizante, estas facetas afirmativas del mundo valorativo y de la acción práctica de las izquierdas. Algunas han tenido que ver más con la acción de los partidos políticos legales o con los brazos políticos de las organizaciones armadas, que con sus organizaciones propiamente militares.

No está de más aclarar que estos aspectos afirmativos se entremezclan de manera compleja y contradictoria con esos rasgos autoritarios y de intolerancia que antes describíamos. Los presentamos en el presente trabajo separados, sólo con el fin de demostrar la presencia de estos dos 'rostros' en el accionar histórico de las izquierdas.

Es obvio también que estos rasgos positivos que presentaremos a continuación no son intemporales y varían o presentan matices particulares en las distintas organizaciones. Ellos tienen una ubicación en un tiempo concreto de los últimos treinta años, y experimentan, para poner un ejemplo, en la década de los 80, en cuanto corpus de principios éticos, los efectos erosionadores que el narcotráfico produce en la trama general de las relaciones sociales y de los valores de la sociedad. Sufren también ciertos deslizamientos hacia prácticas de delincuencia común, debidos, en parte, a la misma lógica de la guerra y, en buena medida, al deterioro de la moral revolucionaria por el reclutamiento de combatientes sin ninguna formación política, al pasar la mayoría de los grupos armados en la década de los 80, de

pequeñas unidades guerrilleras a una concepción de construcción de ejército.

Reconociendo la existencia al interior de los grupos armados de prácticas cercanas a la delincuencia común y de eventuales procesos de bando-lerización, es indudable que hay en ellos un conjunto de ideales políticos que sería equivocado e inconveniente desconocer. Observemos enseguida algunos de esos rasgos positivos, que aún habiendo jugado de manera diferencial, habrían estado de todas formas presentes en el pasado reciente de las organizaciones de izquierda en Colombia:

1. El altruismo y la generosidad en la lucha contra la desigualdad. 'Ser de izquierda' se asoció durante mucho tiempo -naturalmente desde cierta opinión progresista-, a ser sensible a los problemas de los menos favorecidos, partidario de ideas avanzadas y del cambio, 'adalidad de causas nobles' o 'quijote'. Vale la pena recordar el altruismo de aquellos jóvenes que abandonaron sus estudios universitarios, familias, comodidades, etc., y se fueron "a hacer revolución". O la actitud de muchos hijos de familias de clase media y alta, muchos de ellos estudiantes javerianos o uniandinos, que en los sesenta y setenta se fueron a hacer trabajo popular a los barrios del suroriente de Bogotá. Por entrevista e historias de vida sabemos que móviles similares han presidido la incorporación de jóvenes a los grupos armados durante la primera y la segunda mitad de los 80, y muy probablemente siguen teniendo cierta incidencia en la vinculación actual de combatientes a los grupos guerrilleros, a pesar de la crisis de la utopía comunista y del derrumbe de los países del "socialismo real".

2. La solidaridad y la fraternidad, a nivel interno de las organizaciones, y a nivel de la relación con las poblaciones marginadas en donde se desenvuelve la acción político-militar de la guerrilla.

..

Ejemplos de esto, -tomados de la historia del EPL-, serían la ayuda médica a la población en cuanto a medicina preventiva, brigadas de salud, o la atención de enfermos por parte de los médicos de los campamentos guerrilleros. También los esfuerzos en cuanto a modificación o mejora de los hábitos alimenticios del campesinado (enseñarles por ejemplo, a preparar y a tomar jugos, o a preparar y comer legumbres y no sólo yuca, plátano y arroz). Además las labores de alfabetización: muchos campesinos aprendieron a leer y a escribir gracias a la guerrilla.

3. La valoración de los intereses colectivos por encima de los intereses particulares y egoístas. Este sentido de lo colectivo, redefinido en sus aspectos autoritarios y en sus implicaciones de aplastamiento de la individualidad -ya fuera en las estructuras político-militares-, es susceptible de enriquecer las formas de relación social en Colombia, sobre la base de unas nuevas demandas de articulación democrática entre lo individual y lo colectivo.

4. La crítica a la desigualdad y a la injusticia sociales, al status autoritario y represivo, al carácter monopólico y excluyente del sistema político, del Frente Nacional, estrechamente vinculada a una opción de lucha práctica política y social contra tal orden de cosas.

5. Acercamiento a los sectores populares, al conocimiento de sus problemas, necesidades y expectativas, y desarrollo de una cierta mística de trabajo alrededor de las necesidades de organización de los sectores subalternos. Esto resulta muy importante en virtud de los siguientes factores:

- Las prevenciones históricas de las élites hacia lo popular, extendidas a buena parte de los sectores medios, que vienen desde el siglo XIX., pasan por los sucesos del 9 de abril de 1948 y se expresan en las décadas recientes en las visiones de lo popular como "lo subversivo" o "lo peligroso".
- La visión paternalista e instrumental de los pobres, muy estimulada por el sistema político del clientelismo.
- La desatención y prevención hacia el mundo organizativo y cultural de los sectores populares. No parece existir desde el Estado y los partidos, o desde las universidades donde se educan las futuras élites dirigentes, un pensamiento y una práctica política que rescate como positiva e importante para la democratización y modernización de la sociedad la acción de organizaciones como la ANUC, la CUT, Fecode, AM Colombia, las Juntas de Acción Comunal, etc.
- Cierta presunción -bastante difundida a nivel de los funcionarios del Estado- de que las comunidades y en general los sectores populares son ignorantes, que no tienen nada que decir ni que aportar, que no tienen perspectivas acerca de su futuro o el de su región.

La imposición inconsulta de planes de desarrollo a las comunidades, en parte debida a la presunción anterior.

6. Tradición de organización y disciplinamiento social, presente en las organizaciones marxista-leninista-, debida a la disciplina de partido y a la forma de organización celular. Esta tradición redefinida de manera democrática y depurada de ciertas características conspirativas, autoritarias y de ghetto que generalmente le han acompañado, puede ser importante hacia el futuro, en la construcción organizativa de nuevas instituciones (de hecho ya lo ha sido), en un país bastante desarticulado organizativamente, y con una sociedad civil débil y dispersa.

7. El papel importante jugado por el marxismo, asociado a las elaboraciones de la teoría de la dependencia, como herramienta de cuestionamiento a los mecanismos internacionales de dominación económica y política, y de crítica a la enseñanza oficial tergiversadora de la historia (el silenciamiento de la violencia de los 50, la versión del 9 de abril como complot del comunismo internacional, etc), y a la cultura eclesiástica dominante, jerárquica y altamente funcional al sistema monopólico del poder del Frente Nacional.

8. Militancia de izquierda y desarrollo de una disciplina de trabajo intelectual: varios de nuestros hoy día prestigiosos científicos sociales desarrollaron hábitos de trabajo intelectual y se iniciaron en un interés sistemático por la realidad colombiana, a partir de su paso por la militancia de izquierda. Muchos de estos científicos sociales, desde posiciones ahora más heterodoxas y de apertura a las distintas corrientes del pensamiento, mantienen cierta sensibilidad y cierto 'humanismo de izquierda' y aprecian un pasado en donde si bien reconocen sesgos doctrinarios y esquematismos, encuentran importantes elementos formativos que sembraron ideales y valores que han presidido su trabajo intelectual individual e institucional. No sobra decir que los procesos de paz con los movimientos insurgentes desmovilizados han sido posibles en alguna medida, porque en las Consejerías Presidenciales han estado personas cuyo paso temporal o su cercanía al mundo de las izquierdas los ha hecho capaces de entender el mundo de ese otro con quien les ha tocado negociar.

9. Interés hacia los asuntos de la política, alimentado por la formación marxista, y estímulo a una

posición activa del individuo ante los problemas relacionados con el manejo del poder (funcionamiento del estado, el mundo de los partidos, implicaciones políticas de manejo de los medios de comunicación, etc.).

En síntesis, nos parece necesario subrayar una vez más la importancia del conocimiento por parte de los funcionarios a cargo del proceso de reinserción y de aquellos que se ocupan de las políticas de paz, tanto de los aspectos negativos arriba presentados, como de éstas facetas afirmativas de la tradición de izquierda. Matizar la percepción negativa del excombatiente por la sociedad, destacando esos aspectos positivos presentes en la historia de estos nuevos ciudadanos, puede tener sentido en el esfuerzo de vinculación de los diferentes sectores sociales al éxito del proceso de reinserción (empresarios, potenciales empleadores, instituciones privadas y estatales, opinión pública, etc.)

III. La reinserción como proceso multilateral que implica aperturas y redefiniciones desde otros aspectos.

El término "reinserción" no gusta a los desmovilizados en la medida en que tal palabra implica para ellos algo parecido a que los "raros" se vuelvan "normales". Tal vez tengan razón cuando argumentan que sería mejor hablar de "reencuentro", no solamente de los desmovilizados con la sociedad, **sino de la propia sociedad colombiana consigo misma**, con la Colombia periférica y marginal de las zonas de colonización y de nuestras grandes ciudades, con las condiciones sociales y culturales que han generado, o que han servido de caldo de cultivo a la insurgencia armada, con esa otra historia reciente del país que casi siempre empezábamos a conocer cuando ya se nos ha vuelto tragedia.

La reinserción no se puede reducir a la mera desactivación de los movimientos armados y de los combatientes que los componen. Se supone -y la filosofía y los acuerdos de paz así lo establecen- que paralelamente a la reincorporación a la vida civil de los exguerrilleros individualmente considerados, el gobierno adoptará políticas tendientes al desarrollo de las áreas deprimidas y de los municipios más pobres que sirvieron de escenario a la acción de los grupos armados desmovilizados. La comisión de superación de la Violencia es muy clara al respecto cuando precisa "el problema de la reinserción no es sólo una cuestión individual", y recomienda que "además de esta dimensión, es indispensable dirigir

todos los esfuerzos del Gobierno sostenidos a través del Plan Nacional de Rehabilitación (PNR), hacia el impulso de una "reinserción regional". De lo contrario, lo más probable es que se esté reincorporando a algunos grupos guerrilleros que simplemente serán reemplazados por otros al cabo de un tiempo".

De otro lado, es muy importante garantizar a partir de una actitud generosa, medidas reales de favorabilidad política, que otorguen instancias y espacios efectivos de continuación, en las nuevas condiciones de la civilidad, de las luchas históricas de las organizaciones guerrilleras. Hay que tener en cuenta aquí que cualquier desmovilización (y la eventual desmovilización de las FARC, del ELN o del sector disidente del EPL de Francisco Caraballo no escaparía a tal efecto), implica necesariamente ciertas dosis de frustración, pesimismo y dispersión. Es por ello conveniente que las organizaciones desmovilizadas, dado este carácter inevitablemente traumático del proceso de reinserción, mantengan una cierta cohesión y una determinada autoridad y capacidad de control sobre las personas integrantes de la fuerza militar desmovilizada. De esta forma sería posible evitar o reducir a un mínimo los fenómenos de descomposición o bandolirización.

Necesidad de redefiniciones en la herencia político-cultural frentenacionalista

No tan sólo los desmovilizados tienen que entrar en un proceso de transformación de valores y de redefiniciones de actitudes políticas. El bipartidismo tiene que empezar también a revisar críticamente el funcionamiento de la subjetividad política de los directores regionales y nacionales de los partidos, de los miembros de base y mandos medios de sus colectividades: sus formas de socialización y de educación política, sus estereotipos, sus intolerancias, sus complicaciones antidemocráticas y vicios ancestrales.

Uno de los ejes de transformación del bipartidismo tiene que ver con cómo constituir desde la orientación del desarrollo y desde su acción política una concepción moderna y democrática de lo público, que tome distancia de sus prácticas históricas de privatización bipartidista y patrimonio del Estado, con sus secuelas de corrupción, privilegios, falta de transparencia en la cuestión pública y violencia en la defensa del abuso institucionalizado. No se

puede no ver que sobre este tipo de corrupción se montan precisamente proyectos como el de moralización autoritaria de las alcaldías impulsado por algunos sectores de la UC-ELN. Otra necesidad inaplazable es la de rectificar una tradición civilista ambigua que cohonesta no sólo con la corrupción, sino además con el paramilitarismo, con la guerra sucia y con el homicidio con fines político-electorales.

Creemos que los partidos tienen que repensar también sus formas tradicionales de relacionarse con el dirigente popular, con el defensor de derechos humanos, con el sindicalista, el miembro de un partido de izquierda, el militante, etc.

La visión bipartidista de las izquierdas: necesidad de pensarlas positivamente.

En trabajos anteriores hemos hecho referencia al fuerte arraigo en la cultura colombiana del anti-comunismo "criollo" de procedencia eclesiástica y de inspiración inicialmente antiliberal, así como a la influencia de un anticomunismo más "moderno" asociado a la difusión en nuestro medio de la doctrina de la seguridad nacional.

Estos dos influencias doctrinarias se han articulado a las prácticas de exclusión institucional de las izquierdas por el sistema del Frente Nacional, y se han reforzado también de alguna manera con la opción de lucha política violenta asumida por las izquierdas en estas últimas décadas.

Nos parece que hoy día se hace necesario redefinir esa vieja actitud de negarle un espacio político e institucional a las fuerzas de izquierda y adelantar iniciativas pedagógicas y simbólicas que reduzcan la arraigada intolerancia anticomunista y antizquierdista.

Observamos en la Colombia de hoy visiones no sólo poco generosas, sino mezquinas, que no le confieren ningún lugar, ni ninguna posibilidad de aportar a la construcción de un nuevo país, a las izquierdas: periodistas que ante quien reivindique una bandera socialista, o algún elemento positivo del marxismo, inmediatamente lo tildan de "dinosaurio" o de "anacrónimo". Aquí habría que subrayar también el provincialismo de algunos sectores de la opinión ilustrada, en cuya visión del mundo parece no tenerse en cuenta el papel jugado por la idea y la práctica del socialismo en la construcción democrática en otras latitudes: por el Partido comunista italiano, el Partido socialista francés o el socialismo chileno, para poner sólo tres ejemplos.

Varios editorialistas y columnistas de los grandes diarios bipartidistas conciben la reinserción co-

mo el proceso de desactivación y entrega de los equivocados, o de arribo a la sensatez de unos grupos de desadaptados sociales.

_. Muchas de estas unilaterales opiniones periodísticas expresan tal vez un comprensible resentimiento de sectores de la sociedad afectados directamente por el "boleteo", la "vacuna" y el secuestro guerrillero. En este punto habría que reconocer el enorme desprestigio que este tipo de acciones delincuenciales de la guerrilla ha proyectado sobre el conjunto de las fuerzas políticas de izquierda y sobre el movimiento popular. Tales procedimientos no solamente han estimulado el surgimiento y proliferación de grupos paramilitares, sino que han sembrado en muchos de los afectados un espíritu revanchista y fuertes resistencias a las políticas de solución dialogada del conflicto armado.

Lo preocupante de estas voces es que en muchas ocasiones, llevados ya sea por sus sesgos ideológicos o por su resentimiento, hablan como si al país al cual se reinsertan hoy los desmovilizados fuera un paraíso de virtudes, una sociedad modelo de justicia social y económica, de relaciones sociales basadas en una clara ética del bien común, o tuviera un sistema político tolerante y diáfano en su funcionamiento con las fuerzas de oposición. En síntesis, como si la reinserción consistiera meramente en un proceso de vuelta a la obediencia de las ovejas descarriadas, y no demandara simultáneamente profundas transformaciones estructurales en la vida socioeconómica y en la cultura política de los grupos y sectores integrantes de nuestra sociedad.

Sugerimos entonces que hacia la solución del conflicto interno, el fortalecimiento democrático del sistema político y de la gobernabilidad de nuestra sociedad, resultaría conveniente un estímulo desde los sectores dominantes a la posibilidad de que todo el potencial de mística de trabajo, de solidaridad, de democratización social, presente en el mundo de las izquierdas, pueda ser orientado hacia formas más constructivas y transaccionales de acción social, que trasciendan la mera actitud contestataria y asuman otra más positiva; que no eludan la crítica a los vicios del movimiento sindical o a las carencias del movimiento popular, pero tampoco el necesario cuestionamiento al orden establecido y la institucionalidad.

En síntesis, se trataría de pensar positivamente a las izquierdas, de imaginar actuando en el escena-

rio nacional y regional a una izquierda secular, imaginativa, autocrítica, transaccional, respetuosa de la filiación católica de la población, sintonizada con los problemas nacionales y regionales y capaz de contribuir junto con otras fuerzas al progreso del país.

La jerarquía eclesiástica y su relación excluyente con el cristianismo popular y la teología de la liberación

Otro eje central de redefinición de actitudes y valores excluyentes, es el que tiene que ver con la modificación de la actitud autoritaria y jerárquica de la Iglesia oficial para con el cristianismo y la teología de la liberación. En el seno de las distintas tendencias y expresiones políticas y sociales presentes en el cristianismo popular hay todo un conjunto de valores asociados a una visión más horizontal de la sociedad, de solidaridad, de trabajo en beneficio de los sectores menos favorecidos e incluso una visión y una vivencia de la vida cotidiana y de la sexualidad menos prohibitiva y obscurantista que aquellas que han primado desde el discurso eclesiástico oficial

A pesar que en la teología de la liberación no siempre el afán igualitario está asociado a una clara conciencia del valor de la libertad, de la democracia política, y de los fundamentos institucionales del ejercicio democrático, es claro que en la sociedad colombiana, los medios de comunicación y la propia iglesia como institución tienen que abrirle al cristianismo popular un espacio de participación, de debate y de acción social, en donde exprese y confronte sus lecturas de la realidad, y pueda desarrollar una dinámica de distanciamientos críticos y de consensos, de autocrítica y de enriquecimiento, desde su perspectiva, de las alternativas políticas y sociales del desarrollo nacional. La apertura en el seno de la Iglesia a un diálogo respetuoso y más atento con el cristianismo popular parte importante del proceso global de apertura democrática de la sociedad colombiana.

Una eventual negociación de paz con la UC-ELN, en donde se expresan sectores cristianos de izquierda, sería sólo uno de los procesos que podría eventualmente estimular nuevas formas de relación social entre la Iglesia y los cristianos, y sacar del marginamiento a un sector del cristianismo colombiano estigmatizado y excluido por las jerarquías desde los tiempos de Camilo y de los sacerdotes del grupo de Golconda, hasta nuestros días.

Las redefiniciones desde los militares y los organismos de inteligencia

Los militares no pueden quedarse al margen de este proceso de "reinserción general" de la sociedad. Una confrontación de más de treinta años contra la insurgencia armada de izquierda mediada además por una lectura del conflicto interno como expresión de la confrontación Este-Oeste, ha hecho mella en la percepción del mismo y de los actores involucrados en él desde la contraparte. Si bien, a diferencia, de lo imaginado tradicionalmente por la izquierda, no ha habido en Colombia un corpus ideológico integral ni una aplicación sistemática de la doctrina de Seguridad Nacional, varios autores coinciden en que si se han dado algunos elementos y se siguen expresando actualmente algunos remanentes de la doctrina de Seguridad Nacional. Estos remanentes tendrían que ver sobre todo con tres aspectos: a.-el anticomunismo radical; b.-la concepción del enemigo interno y c.-la concepción doctrinaria de la inteligencia militar.

Hay que reconocer, sin embargo, que los procesos de paz y reinserción adelantados por las administraciones de Barco y Gaviria han mostrado cambios positivos en la actitud de las FF. AA. que ha sido más favorable a la política de paz gubernamental, que cuando el proceso de B. Betancurt. En varias regiones, oficiales de las FF.AA. han contribuido con buena voluntad y transparencia a la buena marcha de la reinserción y a la seguridad de los desmovilizados.

El informe de la Comisión de Superación de la Violencia, así como varios documentos gubernamentales, han recomendado la necesidad de propiciar la aproximación de los militares a la sociedad y vice versa, y la vinculación de la sociedad civil a la formulación y orientación de las políticas de seguridad y de manejo del orden público, que no deben ser de exclusiva competencia de los militares.

Sería deseable además, estimular a través de programas educativos, cambios en la percepción por

Bibliografía y Notas

1 Brunner, José Joaquín, Un Espejo Trizado. Ensayos sobre cultura y políticas culturales, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO, Santiago de Chile, 1988, pp.207-208.

2 Me refiero a informes como el de Sánchez, Gonzalo (Coordinador), Colombia: Violencia y Democracia, Universidad Nacional, Bogotá, 1987; a los avances de investigación publicados en la revista Análisis

parte de los militares y de los miembros de la policía, del sindicalista, del dirigente del magisterio, del líder popular o de izquierda, etc.. Esto es muy importante sobre todo a nivel de los organismos de inteligencia. Sabemos de casos de personas que en los años setenta u ochenta estuvieron vinculados al movimiento sindical y magisterial, para los cuales esa participación política de entonces se ha convertido posteriormente en un estigma, en causa de persecución u hostigamiento por parte de organismos de seguridad del Estado, estando muchas veces esas personas actualmente alejadas de cualquier actividad política o gremial.

La reinserción como eslabón central del proceso de paz y de una política mayor de reconciliación nacional

No parece haber una clara conciencia ni una decidida voluntad desde las esferas gubernamentales para hacer de la realización exitosa de la reinserción un eslabón fundamental para el avance del proceso de paz con la Coordinadora Guerrillera y para jalonar esa tarea mayor y nada fácil de la reconciliación nacional.

La reinserción puede jugar un papel central en la ampliación de la legitimidad de las instituciones políticas sobre la base de su transformación democrática y de la apertura real y no simplemente retórica del sistema político.

El gobierno debe cuidar más del proceso de reinserción y vincular más decididamente a ella a los gremios, las organizaciones sociales, los partidos políticos, las instituciones estatales, los medios de comunicación, y al ciudadano común, mostrando que ella compete no solamente al Estado y a las organizaciones desmovilizadas. Hay una queja generalizada por el bajo perfil de la reinserción. Se hace necesario venderle a la opinión el proceso de reinserción, manejarlo simbólicamente, mostrar lo positivo de él, y hacer que la gente lo asocie a un proceso mayor y mucho más importante: el de la reconciliación nacional.

por el Equipo Interdisciplinario de Investigación sobre Conflicto Social y Violencia en Colombia del CINEP, o al reciente informe de la comisión de Superación de la Violencia publicado bajo el título de Pacificar la Paz. Lo que no se ha negociado en los acuerdos de paz, Instituto de Estudios Políticos.

3 De los trabajos de investigación y ensayos críticos dedicados a las cuestiones de la cultura política de la izquierda en relación al socialismo, a la democracia, a los medios de comunicación, a la cultura

de masas, o a los procesos de secularización y de renovación de la izquierda, publicados en otras latitudes, podríamos citar las siguientes: Brunner, J. J., op. cit. 409-438; Castañeda, J., "Latinoamérica y el fin de la Guerra Fría, en Nexos No. 153, México, 1990; Degregori, C. I., Qué difícil es ser Dios. Ideología y violencia política en Sendero Luminoso, El Zorro de abajo ediciones, Lima, 1990; Garretón, M. A., "Socialismo Real y Socialismo Posible", Material de Discusión FLACSO, No. 126, Santiago de Chile, 1990; Lechner, N., "La democratización en el contexto de una cultura posmoderna", en Foro, No. 14, Bogotá, 1991; Lechner, N., "Democracia y Modernidad. Ese desencanto llamado posmoderno", Foro, No. 10, 1989; Lechner, N., Los patios interiores de la democracia, FLACSO, Santiago de Chile, 1988; Moulián, T., "Democracia y Socialismo en Chile", Santiago, 1983; Sunkel G., Razón y pasión en la prensa popular. Un estudio sobre cultura popular, cultura de masas y cultura política, ILET, Santiago de Chile, 1985; Walker, I., Socialismo y Democracia. Chile y Europa en perspectiva comparada, CIEPLAN-HACHETTE, Santiago de Chile, 1990.

Para el caso colombiano, en donde la discusión sobre la cultura política de las izquierdas dista mucho de un adecuado nivel de problematización y de sofisticación, pero donde, sin embargo, se ha avanzado notoriamente en el estudio de la insurgencia armada y de sus especificidades nacionales y regionales, podríamos citar los siguientes artículos y trabajos de investigación: Sánchez, R., "Izquierdas y democracia en Colombia", Foro, No. 10, Bogotá, 1989; Sánchez, R., "El bloqueo de la izquierdas como tercera alternativa", Foro, No. 9 Bogotá, 1989; Medina, M., "La crisis de la izquierda en Colombia", Foro, No. 15, Bogotá, 1991; Pizarra, E., las FARC 1949-1966. De la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha, Tercer Mundo Editores e Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional, Bogotá, 1991; Pizarra, E., "Elementos para una sociología de la guerrilla colombiana", Análisis Político, No. 12, Bogotá, 1991; Ramírez, W., Estado, Violencia y Democracia, Tercer Mundo Editores e Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional, Bogotá, 1990; Ramírez, W., "Las fértiles cenizas de la izquierda", Análisis Político, No. 10; López F., "Autoritarismo e intolerancia en la cultura política", Análisis, NO. 6, CINEP, Bogotá, 1992; López, F., "Crisis y renovación de la izquierda radical", Foro, No. 15, Bogotá, 1991; López, F., "El reencuentro del EPL con la sociedad", Análisis No. 5, CINEP, Bogotá, 1991; López, F., "El pensamiento de Gramsci, la Alianza Democrática y la política en Colombia" en Antonio Gramsci y la realidad colombiana, Ediciones Foro Nacional por Colombia, Bogotá, 1991; López, F., "Izquierda y cultura política colombiana 1919-1959", Análisis, No. 4, CINEP, Bogotá, 1990.

4 Sobre estos casos se pueden leer en varios de los trabajos de Alfredo Molano, en particular en Aguas arriba. Entre la coca y el oro, El Ancora Editores, Bogotá, 1992.

5 Ver la presentación de las relatorías de trabajo de los grupos en el "Informe de Trabajo del Primer Seminario-Taller sobre historia política, social y de la cultura en Colombia durante el siglo XX, y Cultura Política de las Izquierdas 1960-1992, realizado en la Ceja (Antioquia) los días 14 y 15 de febrero de 1992, por la Asociación de Trabajo

Interdisciplinario, A.T.I., como parte del Programa de Formación Ciudadana "Educación para el reencuentro del EPL con la sociedad".

6 Entrevista con Jesús Martínez, Medellín, 26 de julio de 1991.

7 Ibidem.

8 Entrevista con Javier Reynaldo Fosada, Medellín, 29 de julio de 1991.

9 Ibidem.

10 Ver el artículo "Chile, ecos de las recientes elecciones. Comunistas fueron la sorpresa", Voz, Edición 1698, semana del 9 al 15 de julio de 1992, p. 13.

11 Ver Walker Ignacio, op. cit., capítulo 5.

12 Ibidem.

13 Idem.

14 Comentando una versión previa de esta ponencia con el historiador chileno Hugo Fazio, coincidíamos en esta idea sobre el papel de los intelectuales en las izquierdas chilenas y colombiana.

15 Ver a este respecto el punto II del texto "Acuerdo Final Gobierno Nacional-Ejército Popular de Liberación", del 15 de febrero de 1991 (mimeo), denominado "Promoción" (del proceso de paz-F.L.), y específicamente el numeral 1 sobre "publicidad" que en sus aportes f y b establece el apoyo a la edición de un libro sobre la historia del EPL en el proceso de paz, así como la transmisión televisiva de unos programas acerca de la organización desmovilizada.

16 Ver López F., "Evaluación del trabajo realizado por la Asociación de Trabajo Interdisciplinario A.T.I. en el primer Seminario-Taller de Reinserción organizado por la Oficina Nacional de Reinserción de la Presidencia de la República, en el mes de noviembre de 1991 en El Ocaso (Cundinamarca)", (mimeo), Bogotá.

17 Castro, J. "Apartes de las memorias del Ministro de Gobierno, Jaime Castro, al congreso 1986", en Lara P., Siembra vientos y recogerás tempestades, Sexta Edición, Planeta Colombiana Editorial, S.A., Bogotá, 1991. P.284.

18 Ver el excelente relato comparativo del comandante del M-19 Libardo Parra Vargas ("Osear") acerca de las formas de relacionamiento político-discursivo con la población manejadas por la izquierda y los partidos tradicionales, en Beccassino A., M-19 El Heavy Metal Latino Americano, Santodomingo Fondo Editorial, Bogotá, 1989, p. 167.

19 Ver el aparte dedicado a Medios de Comunicación y Violencia en Sánchez G., (coordinador), op. cit.

20 Pizarra Carlos, entrevista realizada por Ángel Beccassino, 13 de julio de 1989, en Beccassino, Ángel, Op. Cit. p. 108.

21 Véase Beccassino, op. cit..

22 Sobre esto ver por ejemplo Zambrano F., "El miedo al Pueblo", Análisis No.2, CINEP, Bogotá, 1989.

23 Véase Reyes A., Lo que no se ha negociado en los acuerdos de paz, op. cit..

24 Véase López F., Análisis N°6, op. cit.

25 Véase Leal F., "Surgimiento, auge y crisis de la doctrina de seguridad nacional en América Latina y Colombia", Análisis Político N°15, 1992.

REINSERCIÓN DE GUERRILLEROS. ¿ENTRANDO EN LA CASA DEL ENEMIGO?

Florentino Moreno Martín
Profesor de Psicología Social de la Universidad Complutense de Madrid
Colaborador de IEPALA

Como psicólogo social resulta para mí muy gratificante escribir en una revista de historia, placer que aumenta al tratarse, como la cabecera de la publicación indica, de una *Historia Crítica*. Al combinar historia y psicología no deberíamos atender exclusivamente al análisis de los elementos psicológicos de los procesos históricos, lo que nos puede llevar a una peligrosa psicologización del objeto de estudio. La conducta humana, tanto la exterior y observable, como la que se manifiesta en procesos psicológicos internos, tiene una relación dialéctica con la realidad histórica: es consecuencia y causa de la misma; y es labor de los científicos sociales explicar los condicionantes históricos de la conducta, al mismo tiempo que analizamos los procesos históricos como el resultado de múltiples procesos de interacción humana.

Mi primera intención cuando fui invitado a participar en el foro de discusión "Problemas y alternativas para la paz en Colombia", fue preparar una ponencia que sirviera de resumen de los principales resultados de una investigación psicosocial realizada en las zonas de guerra de Nicaragua, en los campamentos de la contra en el sur de Honduras y entre población española que jamás había vivido el fenómeno bélico. El objetivo de este estudio era el análisis de lo que vinimos a denominar como socialización bélica, esto es, la interiorización del fenómeno de la guerra por parte de los niños. Durante meses entrevistamos a casi mil niños de 8 a 14 años estudiando a su vez a sus agentes socializadores: familia, escuela y medios de comunicación.

Por las características de este foro y el título específico en el que se ha situado mi intervención "Reinserción como construcción de una nueva forma de relación social", es preciso reorientar el contenido de esta ponencia. Basándome en los datos

empíricos de la investigación aludida, deseo reflexionar sobre algunos de los procesos psicológicos implicados en la reinserción de los guerrilleros a la vida civil. Especialmente quisiera centrarme en el análisis de uno de los fenómenos que muchos de ustedes conocen perfectamente: la destrucción psicológica y social observada en muchos de los combatientes desmovilizados, ya sea que esta desmovilización se deba a un proceso de negociación política, como es el caso reciente de Colombia, o sea fruto de una derrota militar, un armisticio o cualquier otro hecho.

Sin enemigos

En la raíz de muchos de los problemas psicológicos detectados en los desmovilizados se encuentra un fenómeno de carácter psicosocial: *los exguerrilleros se quedaron sin enemigos*. Este hecho que aparentemente debería significar más bien un elemento positivo de recuperación psicológica para aquellos que vivieron las terribles situaciones asociadas a una guerra, supone en muchos casos un problema de identidad que evoluciona de modos diversos en función de las características personales de cada uno de ellos.

Mi hipótesis es que el conceptualizar al adversario como enemigo no es un hecho que se deriva exclusivamente de los acontecimientos políticos o económicos concretos. Junto con estas circunstancias, que sirven de marco de referencia, existe en los adultos una predisposición a asumir a otro grupo social como enemigo irreconciliable, poco fundamental para participar activamente en los conflictos bélicos y, como veremos más adelante, uno de los principales problemas de recuperación psicosocial cuando los combates terminan.

¿De donde viene esta predisposición humana?, ¿dónde puede situarse el origen del impulso del hombre a participar en las guerras, en los ejércitos, en los procesos de violencia organizada?

Cuando desde las ciencias sociales se trata de dar explicación a este hecho, la primera tendencia es tomar como unidad de análisis al individuo humano, intentando explicar sus respuestas como algo aprendido o heredado.

Freud es uno de los autores que ha defendido esta última idea. En su segunda teoría de las pulsiones (1920) habla de la existencia, junto al impulso de vida, de una pulsión de muerte caracterizada por la tendencia a retornar a lo inanimado. Cuando en 1932, Albert Einstein le pidió una explicación psicológica del origen de la guerra, Freud le contestó: *es inútil tratar de librarse completamente de las pulsiones agresivas humanas, basta con intentar desviarlas para que no tengan que canalizarse hacia la guerra.* (Freud, 1932). No menos citadas y debatidas son las teorías de los psicofisiólogos y etólogos que consideran la agresión como fenómeno instintivo y el conflicto como consecuencia inevitable de la misma. El que existan determinadas estructuras nerviosas relacionadas con el fenómeno agresivo, ha sido uno de los principales argumentos esgrimidos por quienes defienden el origen innato de la agresividad humana, como es el caso de los famosos postulados de Lorenz (1969) y Eibl-Eibesfeldt (1977).

Estos conocidos postulados que llevados al extremo eximirían de responsabilidad al hombre al considerar como natural su participación en los actos de violencia organizada, fueron duramente criticados desde distintas perspectivas sociobiológicas, antropológicas y psicológicas. En los años 70, cuando se multiplicaban los procesos de violencia política (guerra de guerrillas, guerra de Vietnam, conflicto en Palestina, etc), se escribieron docenas de libros en los que se intentaba demostrar cómo el origen de las guerras no podía atribuirse a una tendencia innata a agredir, puesta en duda por muchos antropólogos en sus estudios transculturales, sino más bien a los efectos del aprendizaje social de la violencia. Véanse Scott (1958), Montagu (1978), Kaufman (1970) y Fromm (1975) entre otros.

Determinadas conductas agresivas pueden explicarse muy bien acudiendo a estas teorías psicológicas innatistas o biologicistas. El que una mujer

golpee a alguien que está haciendo daño a su hijo, o el hecho de responder violentamente al ataque físico, son respuestas que están presentes en el repertorio de conducta de casi todos los animales. Sin embargo, tratar de explicar los fenómenos de violencia colectiva basándose en una tendencia innata del individuo a reaccionar agresivamente ante determinados estímulos, es un argumento difícil de sostener en el caso de un fenómeno social tan complejo como la guerra donde no se dan reacciones impulsivas sino cálculos premeditados, donde cada acción se planifica no como reacción inmediata a una agresión previa sino calculando costos y beneficios.

Aún en el caso de aceptar la tendencia innata del ser humano a responder de forma violenta ante determinados estímulos, es preciso acudir a otra teoría que dé cuenta de la facilidad con que nos adaptamos a la constelación de circunstancias que rodean una guerra. Porque es evidente que antes del desenlace de las hostilidades existe un proceso previo que lleva a la población a considerar el enfrentamiento armado como inevitable.

Uno de estos elementos previos es la existencia del enemigo, condición imprescindible de la guerra. Todas las demás justificaciones se articulan en función de esta idea. Puede existir enemigo sin que exista guerra, pero no al contrario.

Con estas afirmaciones no pretendo psicologizar la idea de la guerra, en el origen de los conflictos bélicos existen razones de muy diversa naturaleza (sociopolítica, económica, etc) que la fundamentan. A mí lo que me interesa demostrar, es que la persona individualiza la confrontación, la interioriza en su particularidad psicológica. No dice *el enemigo del país donde vivo uno mi enemigo*.

Esta capacidad para conceptualizar al otro como nuestro enemigo, no es un hecho circunstancial fruto de una evaluación racional que el adulto haga ante las situaciones concretas que vive cada día. Desde mi punto de vista, este fenómeno hay que situarlo en los procesos de identificación emocional con los grupos de referencia, implícitos en todo el proceso de socialización por el que pasamos desde que llegamos al mundo.

Los enemigos de los niños.

Existe una tendencia a pensar que los niños son seres absolutamente inocentes incapaces de tener enemigos o de odiar a sus semejantes. Cuando esta-

ba preparando la investigación, antes de marchar a Centroamérica, alguien me dijo que entraba dentro de las capacidades del niño elaborar una relación, que pudiera calificarse como de verdadera enemistad. En efecto, la idea de enemigo que tienen los niños más pequeños, es mucho más simple y primaria que la que tenemos los adultos. Pero es precisamente en este cambio de conceptualización, donde radica una de las claves del problema, que intentará explicar más adelante.

Resulta especialmente curioso observar la diversidad de enemigos que tienen los niños y las razones que dan para considerarlos como tal. De entre todos los posibles análisis que podrían hacerse con sus respuestas, el que más interesa para explicar el problema de la reinserción a la vida civil, es el referido a la evolución del concepto, es decir, las diferencias que muestran los niños más pequeños respecto a los mayores a la hora de definir a sus enemigos. En este sentido es preciso hacer una diferenciación entre el enemigo personal o particular del niño, y el que el niño cree que es el enemigo de su país, al que denominará enemigo nacional.

Los niños más pequeños tenían más enemigos personales que los mayores, mientras que los mayores daban muchas más respuestas que podríamos definir como políticas (los sandinistas y los contras en Centroamérica, la ETA en España, etc).

En lo que se refiere al enemigo nacional se daba el proceso contrario. El porcentaje de los que consideraban que su país tenía enemigos, era muy superior entre los niños de más de 11 años, que en los menores de 10. Del mismo modo que en el caso anterior, también aquí los niños mayores aludían especialmente a enemigos políticos, mientras que muchos de los más pequeños hacían referencia a delincuentes, ladrones, drogadictos, etc.

Tenemos pues que el concepto de enemigo se va transformando con la edad. Esta evolución parte de lo particular y acaba en lo político. Es decir, con la edad politizamos a nuestros enemigos.

Hay que tener en cuenta que me estoy refiriendo a la totalidad de los niños entrevistados. Podría suponerse que este fenómeno es lógico entre los niños nicaragüenses que estaban viviendo la guerra, pero que no se debería dar en un Estado, como el español, que carece desde hace varias décadas de enemigos declarados.

Al comparar las respuestas de los niños de ambos lados del Atlántico, se observa que es éste un fenómeno común. Existen por supuesto algunas diferencias. Por ejemplo, los niños españoles tienen más enemigos personales que los centroamericanos, situándose la mayor parte de ellos entre los conocidos (vecino, compañero, etc) y los delincuentes (ladrones, drogadictos, etc). Entre estos enemigos personales se citaban menos grupos de carácter político, aunque también era una respuesta que aparecía con cierta frecuencia.

Resulta sorprendente comprobar como casi el 80% de los niños españoles cree que su país tiene algún enemigo.

A partir de los 11 años, cuando el niño tiene la posibilidad intelectual de hacer agrupaciones lógicas, interioriza con esa posibilidad, la valoración asociada a las agrupaciones que empieza a entender. Con la idea de pertenencia al grupo, se incorpora también el universo de elementos contrapuestos a éste. Si este proceso de diferenciación entre el grupo propio y los ajenos a éste, se refiere a grandes agrupaciones diferenciadas de forma radical por alguna característica que las distinga inequívocamente (como la nación, el idioma, la raza, etc), junto con esta identificación con el grupo, se asumen también los conflictos intergrupales que envuelven a éste, sus incompatibilidades y sus enemigos.

El que los niños más pequeños identifiquen a sus enemigos, en mayor medida que los mayores, como personas de su círculo inmediato y los niños mayores politicen esta elección, viene a confirmar lo dicho en el párrafo anterior. Con el paso de los años, y el aumento consiguiente de la capacidad racional, tendemos a identificarnos con grupos cada vez menos concretos: además de sentirnos miembros de una familia, comenzamos a sentir que pertenecemos a instituciones más amplias (iglesia, nación, etc). Los enemigos entonces, pasarían de ser los que estaban en contra de aquellos pequeños grupos originales, a ser grupos cada vez más amplios, opuestos a estas grandes instituciones que ahora se toman como referencia.

Lo más interesante de este proceso, es que estas agrupaciones con las que nos identificamos cuando nuestra capacidad intelectual lo permite, no suelen ser elegidas tras un proceso de reflexión de ventajas e inconvenientes. Lo habitual es que vengan determinadas por los procesos de socialización. De este

modo, los grandes grupos o instituciones que se hayan presentado con mayor carga de inevitabilidad, es decir, aquellos que durante los primeros años de nuestra vida, sean *más reales* para nosotros, serán los que determinen nuestras vinculaciones y, por tanto, nuestros enemigos potenciales o reales.

¿Cuáles son estos grandes grupos?. Aunque durante siglos pudo predominar la religión como institución más cargada de realidad, en el ámbito cultural occidental, el gran grupo que se presenta desde la infancia como realidad más vinculada a la construcción de la identidad, es la nación, muy por encima de otras diferenciaciones como la raza, la clase social u otras. Hay que tener en cuenta que en la nación, además del hecho fundamental de la lengua, se agrupan, sobre todo si se trata de naciones-estado, un conjunto de instituciones unificadoras que remiten constantemente a la idea nacional (parlamento, policía, campeonatos deportivos, moneda, etc). Si seguimos este razonamiento hasta el final, podemos decir que el nacionalismo es una de las bases psicológicas de la guerra contemporánea. Y no únicamente de la guerra entre naciones constituidas. También en los procesos de guerras civiles o de grupos insurgentes armados (terrorismo o guerra de liberación, según se adopte una u otra perspectiva), el hecho nacional es unificador. Basta con analizar el escaso éxito que tuvieron gestas relativamente recientes que situaban el ideal de identificación en valores supranacionales como la clase social, la libertad de América Latina o la Causa Árabe. (el Che en Bolivia, la internacional comunista ante la segunda guerra mundial o el panarabismo en la guerrapor Kuwait).

Sin embargo, hay que entender esta argumentación desde una perspectiva histórica y dialéctica. Del mismo modo que en el momento actual es el estado-nación la realidad macrosocial de presencia más clara en nuestro proceso de socialización infantil, en el pasado eran otras las ideas unificadoras que generaban de forma casi autosómica la fidelidad y la consiguiente enemistad. Al igual que hoy es relativamente fácil que la gente arriesgue su vida cuando su nación está en peligro, hace siglos era usual que los hombres murieran por el rey o por las doctrinas religiosas.

Debemos pues estar abiertos a la posibilidad de que con el paso de los años, o de los siglos, la idea macrosocial de identificación más inmediata, pase a ser otra. Ante esta nueva idea probablemente

desfilen los nuevos soldados, tras haber combatido contra aquellos que osaron mancillarla. No olvide mos que, si bien las instituciones conforman al hombre, el origen de las mismas se sitúa en la interacción social humana.

Aunque la vinculación racional del niño con el grupo no sea posible hasta que éste no posea una capacidad de pensamiento formal, esto no quiere decir que antes no está ligado al mismo. El vínculo existe, pues de este macro-grupo forman parte los miembros del entorno socializador del muchacho (la familia, los amigos, etc.). Y es precisamente por tener con estos miembros fuertes lazos emocionales, por lo que la vinculación con el gran grupo es más firme y acrítica.

En Centroamérica, los niños más pequeños estaban identificados de forma más directa con su bando. Muy pocos de estos niños entre 8 y 10 años pensaban que ninguno de los dos bandos era bueno, y mucho menos que el bueno fuera el que estaba al otro lado de la frontera. Cosa que sucedía con cierta frecuencia entre los niños mayores.

En general los niños más pequeños siempre eran más radicales en sus juicios de condena al enemigo, a la vez que se identificaban más con los roles militares y, en general, con los aspectos más concretos de las conductas esperadas siguiendo los valores de la institución-guerra.

Los niños mayores, por su capacidad de elaborar operaciones formales, tienen interiorizada la institución-guerra de una forma que supone una menor implicación emocional. Aun así, la racionalización de los hechos sigue marcada estructuralmente por las asociaciones establecidas en el momento de interiorización de los conceptos. Así, aunque puedan establecer una crítica racional al hecho bélico, ésta no supone que no exista una disposición a cumplir con el mismo, en el caso de que los valores fundamentales que constituyen su identidad están en juego.

En definitiva, el niño más pequeño estaría vinculado a la institución-guerra porque *eso es la realidad*, mientras que el mayor lo estaría porque es lo que considera *su deber*. Esto explicaría una realidad comunicada por todos los militares consultados, esto es, que los niños-soldados, cuantos más pequeños son, tienen una mayor audacia y valentía. Y es que, como es bien sabido, no es lo mismo luchar

porque es lo que se sabe hacer y la realidad que se conoce, que hacerlo por *deber*.

El conocimiento real del adversario, por terribles que sean sus acciones, no es el elemento determinante para intensificar los sentimientos de enemistad y odio. Más bien al contrario.

En tiempos de guerra, una de las normas militares fundamentales es limitar al máximo el contacto entre los miembros de los bandos enfrentados. El intercambio entre personas pertenecientes a grupos enemigos, puede llegar a difuminar de algún modo los elementos de fricción ideológica, lo que hace concebir al contrario como un ser humano particular y no como un miembro del grupo odiado. Cuanto menor sea el conocimiento personalizado del adversario, más posibilidades existen de que lo temamos, de que lo veamos como una amenaza.

Los niños de las zonas de guerra de Nicaragua tenían un conocimiento de su adversario, y en general del curso de la guerra, más amplio que el de los niños de los refugios del sur de Honduras. En estos campamentos se ocultaba a los niños toda la información que tuviera que ver con la guerra. Estos sabían de los sandinistas únicamente a través de los rumores que corrían permanentemente entre las hacinadas barracas. En estos rumores se les atribuía a los que ellos denominaban *piricuacos* todo tipo de maldades, algunas de las cuales podrían resultar ridículas para alguien ajeno a la realidad de los campamentos (fábricas de jabón que utilizaban como materia prima a los ancianos, militares que desayunaban sangre de criaturas humanas, etc) pero no se tomaban así entre los niños, ni entre muchos adultos, que, a forma de escuchar tantas veces las mismas historias, acababan creyéndolas.

Con estos precedentes, es fácil comprender por qué la percepción del enemigo era en los niños *contras* mucho más radical que entre los niños sandinistas. No son únicamente los hechos los que nos hacen asumir a una persona o grupo como nuestro enemigo, sino sobre todo, la interpretación que se haga de los mismos. Existía más diferencia, a la hora de conceptualizar al adversario como enemigo, entre los hijos de los *contras* y de los sandinistas, que en el interior de cada uno de los bandos, entre niños más y menos afectados por el conflicto (muerte de familiares y amigos, heridos, presencia de combates, etc).

Desconozco los pormenores de la infancia en Colombia, pero podría suponer que en aquellos lugares donde la guerrilla es más activa, allí donde los niños están habituados a convivir con los combatientes es muy probable que no consideren a éstos como sus enemigos con la misma intensidad que un niño de las grandes ciudades alejado del movimiento de los fusiles.

En un mundo complejo, en el que todos participamos de los valores de distintas instituciones que tienen intereses contrapuestos, no es posible evitar el conflicto entre grupos. Ahora bien, en ocasiones, los adversarios o competidores se convierten en enemigos personales, con los que nos es imposible convivir sin destruirlos o humillarlos. Entre las dos situaciones suelen mediar distintos procesos: sensación de amenaza, atribución desmesurada de poder, información fragmentada, rumores, etc. La combinación de todos estos factores, es el origen de la polarización previa a cualquier estallido bélico.

La polarización bélica

Es evidente que la existencia de un enemigo al cual poder oponerse, tiene una serie de contrapartidas funcionales a las que el dirigente de una nación o de un colectivo le cuesta trabajo renunciar: cohesión al grupo, refuerza la identidad del mismo en contraposición a la del adversario, permite imputar los errores propios al foráneo, justifica el aumento del control y la presión sobre los individuos y, sobre todo, refuerza su liderazgo.

Una importantísima proporción de excombatientes de todas las guerras afirman que a pesar de los malos momentos vividos, nunca se sintieron más unidos a otros seres humanos que en los peores momentos del enfrentamiento bélico. En esas circunstancias estarían dispuestos a todo por sus compañeros, a perdonar todas las ofensas, a dar la vida por cada uno de ellos. Y no sólo por los que portaban las armas sino por todo el grupo al que representaban (la nación, el partido, la organización, los campesinos sin tierra,...).

En muchos libros de polemología se interpreta este hecho como un activo de la guerra, como algo positivo que se deriva de los enfrentamientos armados. Se habla de generosidad, de entrega, de espíritu de sacrificio, como si se estuviera hablando de universalidades que definieran la conducta de los soldados, olvidando que esos mismos militares solidarios, sacrificados y generosos con los integrantes de

su grupo, asesinan con orgullo y satisfacción a los miembros del bando contrario.

La polarización bélica exalta de tal forma la emotividad que a la mayor parte de los que participan en un guerra les resulta casi imposible interpretar la realidad si no es en función del enfrentamiento armado. Los combatientes que regresan de las zonas de combate no pueden entender lo que ellos califican como superficialidad de las relaciones sociales. "¿Cómo es posible que mientras nos estamos matando, ustedes se sigan divirtiendo como si no pasara nada?", gritaba un argentino que regresaba mutilado a un Buenos Aires que no detenía su marcha habitual por lo que sucedía en las Islas Malvinas.

¿Hasta qué punto esta polarización contenía una vez acabadas las hostilidades?. Esta sería la pregunta clave para entender lo que sucede en los procesos de reinserción.

Cuando termina una guerra son muchos los procesos históricos que intervienen como para poder aventurar una respuesta general a la pregunta.

En el estudio del que les estoy hablando se hizo un análisis de qué es lo que supuso la guerra civil española (1936-1939) entre republicanos y militares franquistas, para los niños españoles. Como es bien sabido esta guerra tuvo como consecuencia cientos de miles de muertos, la destrucción del país, multitud de exiliados y una dictadura militar de 40 años. A pesar de la importancia que tuvo para varias generaciones de españoles, a los niños de hoy en día no les dice casi nada.

El desconocimiento que tenían de esta guerra era tan grande que sólo un 20% supo identificar, de forma más o menos acertada, los grupos que se enfrentaban. De éstos, muy pocos sabían porqué se llevó a cabo, y cuáles fueron sus consecuencias. Después de tantos años, y a pesar de ser un tema que estaba muy vigente en los medios de comunicación en el momento en que se hicieron las entrevistas (se cumplían 50 años de su fin), puede decirse que aquella guerra, es una más de las que deben aprenderse para rendir en los exámenes. Pero su posible vinculación emocional con uno de los bandos, es prácticamente nula.

No es fácil hacer generalizaciones a partir de los datos españoles, ya que, al ser una guerra civil, la polarización post-bélica se basaba fundamental-

mente en valores ideológicos que van perdiendo fuerza al irse transmitiendo de generación en generación.

Desde mi punto de vista la *causa* concreta que se esgrime en cada guerra, es una idea más efímera que los fundamentos culturales e ideológicos que unificaban a cada uno de los grupos en el momento de llevarse a cabo las hostilidades. Si esta diferenciación continúa una vez acabada la guerra, existirán más posibilidades de que en el futuro puedan surgir nuevas *causas* que animen a los ciudadanos a participar nuevamente en acciones hostiles.

Pero las cosas cambian cuando el fin de una guerra está más cercano en el tiempo. También las reacciones conductuales y emocionales de los ex combatientes varían considerablemente en función de la forma en que la guerra haya terminado para ellos. No es lo mismo una derrota militar absoluta como la de los republicanos españoles en 1939 o la de los somocistas nicaragüenses en 1979, que un proceso negociado de paz total como en el caso reciente de El Salvador, en el que ninguna de las partes puede considerarse totalmente derrotada. Más complejo aún es el caso de desmovilización parcial, en el que sólo una parte de los alzados en armas se reincorpora a la vida civil, como es el caso de Colombia y de la reinserción de la escisión político-militar de ETA en España.

Cuando un grupo de combatientes deja las armas, uno de los dos componentes para sostener y definir una guerra desaparece: la violencia. Pero queda otro elemento imprescindible a tener en cuenta: la existencia de colectivos enfrentados.

Generalmente, cuando en los manuales de psicología, se aborda el tema de la guerra, se hace situando como elemento central el hecho de la violencia. La agresividad humana, innata o aprendida, sería su fundamento psíquico. Los fenómenos de agrupación, cohesión grupal, etc, serían elementos que canalizarían esa agresividad. En términos simples podría decirse que los hombres se agrupan para hacer más efectiva su agresividad, para optimizarla. Del mismo modo que se establece esta correspondencia, consideran que la argumentación complementaria se aproxima más al hecho real de la guerra: los hombres ejercen la violencia porque conforman grupos homogéneos e incompatibles entre sí. En este caso la violencia no tendría un valor causal, sino instrumental. La consecuencia teórica ingenua que

se derivaría de este postulado es que para acabar con la guerra sería preciso incidir en la existencia de los grupos, lo cual podría hacerse en dos posibles direcciones: eliminándolos o difuminando al máximo sus

diferencias. La primera solución es inviable dada la naturaleza social del ser humano (si desaparecen los grupos desaparece el hombre), la segunda es la solución utópica final de los movimientos igualitaristas como el marxismo. Si nos apeamos de la especulación teórica, podemos encontrar que la *solución* que la humanidad ha dado a esta incompatibilidad grupal, ha sido el establecimiento de relaciones de poder entre los grupos. De forma que la violencia, únicamente se produciría en el caso de que alguno de estos grupos cuestionara esas relaciones. La organización política del mundo contemporáneo se fundamenta en la subordinación de las relaciones de poder a la autoridad del Estado. Entre los Estados existen también relaciones de poder acordadas o de *pacto*. Cada período de violencia (guerras, revoluciones, etc) implicaría un cambio en la distribución de ese poder. Utilizando una conocida metáfora, podría decirse pues, que la violencia es la *partera o comadrona de la historia*.

Al situar los procesos grupales como valor ideológico y a la violencia como elemento instrumental de la guerra, creo estar reflejando lo que ésta es en realidad. Los hombres no se reúnen para guerrear, sino que existen grupos que entran en conflicto. Sin una idea que unificara y diera identidad a estos grupos, la guerra no existiría. Se podría argumentar que si bien esto es evidente en el caso de guerras entre naciones, donde los grupos están perfectamente conformados y unificados por la lengua, la cultura, y en ocasiones incluso por la raza; el argumento podría fallar en el caso de las guerras civiles e ideológicas donde hombres de distintos grupos (raciales, familiares, etc) se reúnen conformando bandos heterogéneos. Desde mi punto de vista el argumento es válido en ambos casos. En el primero, los grupos que entran en conflicto están configurados en torno a ideas y valores bien asentados. La conciencia de pertenencia al grupo es inmediata. En el segundo la existencia de los grupos es previa al acto violento y no está derivada del mismo. Las ideas que unifiquen a estos nuevos grupos y que los hagan entrar en conflicto, serán las que los identifiquen en alguna dicotomía como la de oprimidos-explotadores, liberales-conservadores o pobres-

ricos. En este caso será necesario *tomar conciencia* de esta nueva pertenencia.

Los grupos que intervienen en los conflictos armados necesitan conformarse en torno a una idea unificadora. Si esta identidad existe se utilizarán técnicas para reforzarla. Si no existe se intentará crear, generalmente partiendo de valores de identificación más asentados. En el caso de Nicaragua tenemos un ejemplo claro de esto último. Los sandinistas, cuya principal raíz ideológica era marxista, añadieron a ésta, en su labor de proselitismo contra Somoza, la idea nacionalista simbolizada en la figura del general liberal Augusto C. Sandino.

Por eso doy tanta importancia a la idea de la *conformidad*. Para conseguir iniciar y mantener una guerra es preciso crear una motivación que vincule a los individuos con uno de los grupos. Una vez conseguida ésta, el aparato institucional de la guerra hace que los sujetos consideren su participación como inevitable.

Es tan importante el proceso de identificación y conformidad con el grupo, que en el desarrollo normativo de la guerra, sobre todo en lo referido a la instrucción militar, es el elemento psicológico sobre el que más se trabaja. Los uniformes, los desfiles, las banderas, la homogeneidad en el tipo de vida que se lleva en los cuarteles, tiene como objetivo fundamental crear lazos de identidad y fidelidad con el grupo, o reforzarlos en el caso de que ya existieran.

Los mandos militares están convencidos del valor directivo de la identificación y conformidad grupal en tiempo de guerra. El reclutamiento forzoso, la disciplina militar, los juicios sumarios, las amenazas y los castigos, son poderosos elementos disuasorios para que aquellos que no están *convencidos* desistan de abandonar las fuerzas armadas. Pero si no se consiguen fuertes lazos de vinculación ideológica con el bando en el que se participa, la efectividad militar de los combatientes se sitúa bajo mínimos. Es lo que en el ámbito castrense se define como *baja moral militar*. Aunque en este fenómeno influyen también otros factores, los que tienen que ver con la vinculación grupal son los que se han mostrado más efectivos. De hecho, la llamada guerra psicológica se fundamenta en la utilización de diversas técnicas para crear desconfianza y división en el bando enemigo. Estas técnicas no buscan que el soldado *traicione* a su causa y a su grupo de referencia, sino hacerle ver que sus dirigentes les tienen engañados, que están vendidos a *otras causas* (país extranjero, enriquecimiento personal, etc). El

objetivo es por tanto desvincularle ideológicamente de su grupo, hacerle psicológicamente vulnerable a adoptar una nueva fidelidad.

Situar el proceso de identificación grupal como condición necesaria para la participación de los ciudadanos en la guerra, y el uso de la violencia como elemento funcional de la misma, no significa que entre ambos procesos exista una relación jerárquica unidireccional. En realidad esta relación es dialéctica. La violencia no es únicamente uno de los medios que utilizan los grupos para resolver los conflictos y mantener sus relaciones de poder. El uso de la violencia también contribuye a intensificar los sentimientos de pertenencia al grupo, a la vez que eleva la cohesión interna de éste. Esto es así tanto para el grupo que la sufre como para el que la ejerce.

Es bien conocida la efectividad que tienen los mártires en las guerras. Además de dar un valor a la causa esgrimida (por la que estas personas dieron su vida), acallan las opiniones de los que propugnan un entendimiento con el bando contrario, los que deben plegarse a uno de los bandos voluntariamente o a la fuerza, ya que de seguir manteniendo sus posiciones serían tomados como traidores. La diversidad de opciones dura hasta que comienzan las hostilidades. A partir de ese momento es preciso optar entre dos bandos únicamente.

Quienes ejercen la violencia se ven a la vez más comprometidos con el grupo. En la guerra, al contrario que en períodos de paz, la destrucción y el asesinato no sólo no se castigan, sino que quienes son más efectivos en estas funciones son mostrados como ejemplos en los que el grupo ha de mirarse. Por otro lado, cuando los programas de entrenamiento militar crean el hábito de obedecer de forma inmediata a las órdenes, no sólo consiguen una mayor funcionalidad operativa, también pretenden eximir de responsabilidad moral al soldado que mata. De este modo el individuo se vincula más al grupo, que en definitiva es el que ha cometido la acción de la que él no ha sido más que un instrumento. La metáfora del *brazo ejecutor* remite a un *cuervo* del que el individuo participa.

Tenemos pues que entre los dos componentes definidores de la guerra se da una relación circular: La cohesión e identidad grupal puede llevar, en caso de conflicto, a la utilización de la violencia. A su vez, el uso de la violencia hace aumentar la cohesión

e identidad grupal, lo que hace más posible el uso de la violencia, etc.

Al acabar la guerra.

Cuando acaban los combates se rompe uno de los elementos del círculo, el de la violencia abierta y destructiva. Pero ¿Qué sucede con la identidad grupal que estructura casi de forma total la vida del combatiente?. La respuesta depende en gran medida del desenlace del conflicto armado.

En los casos de guerras con un claro vencedor como la victoria aliada sobre el fascismo, en el bando perdedor la cohesión desaparece y la sensación de pertenencia de sus miembros se reduce a su mínima expresión pues el grupo como tal ya no existe. Las bases se sienten desilusionadas y a menudo traicionadas. La historia es siempre cruel con el vencido, sus acciones son calificadas como crueles, tiránicas, aberrantes, las de los vencedores como heroicas e inevitables. Lo más usual es que, de un modo u otro, los elementos fundamentales que identifican al triunfador sean asumidos por la población del bando perdedor. Es este un proceso que suele ir acompañado de una represión ideológica (prohibiciones, ridiculizaciones, etc) sobre los valores que fundamentan la idea del grupo vencido. Son los hijos de los vencidos los que en un proceso adaptativo asumen los nuevos valores.

Cuando la guerra acaba tras un proceso de negociaciones donde se hacen importantes concesiones por ambas partes, disminuye de forma considerable la polarización, y el sentimiento de pertenencia al grupo se difumina. La vinculación de los miembros de un grupo desmilitarizado en la vida civil carece de los componentes afectivos y funcionales que tenía en la vida castrense. Al desaparecer el objeto central de vinculación, la lucha contra el enemigo, y la forma de vida interdependiente de los campamentos, es imposible mantener la idea de pertenencia. Lo normal en estos casos es que se generen importantes sentimientos de impotencia y frustración y los combatientes de ambos lados se pregunten para qué sirvió tanta muerte y destrucción. En Nicaragua tras la victoria electoral de Violeta Barrios de Chamorro y el consiguiente fin de las hostilidades bélicas, se llenaron las salas de espera de los psicólogos clínicos y los psiquiatras. Los muchachos le preguntaban a mis colegas "¿quién me devuelve la piernas, quien da vida a mi hermano? ¿la reconciliación?, ¿la democracia?...". Diez años antes cuando los sandinistas triunfaron

sobre el somocismo los casos de trastorno psicológico registrados eran mínimos: el sacrificio mereció la pena decían al unísono mutilados, viudas y padres de caídos.

Hay un tercer supuesto de desmovilización que tal vez sea el más cercano a la situación de la Colombia de nuestros días y de los exguerrilleros de los que se habla en estas jornadas. Es el caso en el que las negociaciones para el fin de la violencia no afectan a aquellos elementos que daban sentido a la acción de los combatientes, sino a la necesidad de acabar con la violencia. En estos casos se trata de dar alguna salida institucional y personal a cada uno de los desmovilizados. Es lo que suele conocerse como reinsertión. No se trata de una reconstrucción tras asumir la imposibilidad de llevar adelante ninguna de las dos posturas enfrentadas, ni de una asimilación del vencedor que ha hecho desaparecer por las armas las esperanzas del vencido, sino de un proceso que metafóricamente podríamos denominar como de retorno a la comunidad de un grupo que se desligó de ella. El enemigo abre las puertas de su casa.

Es este un proceso con diferencias considerables respecto a los dos casos anteriores. Los grupos insurgentes son remisos a la reinsertión porque supone un reconocimiento implícito de una derrota, si cabe, peor que la militar: el reconocimiento de su falta de razón, el sinsentido de su acción, de su lucha. Es por esto por lo que ningún proceso de reinsertión se ha llevado a cabo sin una negociación que los dirigentes puedan esgrimir como una victoria relativa. Todos se presentan como hechos en los que no hay vencedores ni vencidos.

Desde una perspectiva política pueden defenderse estos argumentos. Los líderes de los desmovilizados pueden presentar los resultados políticos de las negociaciones (elecciones, cambios económicos y sociales, etc). Pero en las bases guerrilleras la vida cotidiana no se llena con el sufragio universal. Les es preciso reestructurar completamente su forma de vida.

Al sentimiento de frustración aludido anteriormente se une la falta de reconocimiento de lo que ha dado sentido a su vida durante los últimos años. Metafóricamente podría decirse que en los casos de reconstrucción los excombatientes de uno y otro lado se preguntan por qué destruyeron la causa común; en este caso la sociedad receptora le dice al

reinsertado ¿por qué destruiste la casa en la que ahora quieres volver a morar?.

No conozco en profundidad la situación de los excombatientes que abandonaron en los últimos años las armas en Colombia. Por las experiencias de casos similares, las conductas de estas personas toman diversas direcciones. Si excluimos a quienes logran reinsertarse profesional o políticamente en la nueva situación, de forma que pueden desarrollarse sin renunciar a su pasado, la mayor parte de personas buscan una salida individual al margen del grupo de referencia, tras un proceso de desencanto social que les lleva a recuperar vinculaciones de gratificación afectiva más inmediata como la familia.

En el caso de aquellas personas que no son capaces de asumir cierto grado de frustración al verse enfrentadas a una situación social en las que deben, explícita o implícitamente, arrepentirse de su pasado, algunos casos derivan en trastornos patológicos que suponen un período de anomia anormalmente largo (desorientación interior, impotencia, desamparo, incapacidad para la acción, depresión...) o en casos de brotes psicológicos peligrosos como el que acompaña con cierta frecuencia a períodos posbélicos en los que un ex-combatiente asesina indiscriminadamente a grupos de civiles. Es importante señalar que estos casos no son una consecuencia automática del proceso de reinsertión sino la combinación de trastornos de personalidad con una situación frustrante que puede actuar como desencadenante.

En situaciones tan complejas no es fácil hacer recomendaciones que vayan más allá del grupo de consejo psicoterapéutico, que es a veces lo más sencillo a la vez que lo más ineficaz en la solución de los problemas derivados de situaciones sociales.

He podido conocer, aunque no con la profundidad que hubiera deseado, los importantes problemas de adaptación de los desmovilizados que no son exclusivamente de seguridad o económicos, sino también de carácter psicosocial y puramente psicológicos. Algunos de ellos creo que pueden derivarse de los procesos a los que aludía anteriormente. Para todos los interesados en superar las secuelas de los conflictos bélicos será de gran ayuda la respuesta que ustedes sepan darle, y puede servir de ejemplo a situaciones similares que se darán en otras latitudes.

Referencias bibliográficas.

- EIBL-EIBESFELDT, I. (1977) *El hombre preprogramado*. Madrid: Alianza Editorial.
- FREUD, SIGMUND, (1969). *Más allá del principio del placer*. Madrid: Alianza Editorial, (originalmente publicado en 1920)
- FROMM, ERICH, (1979). *Anatomía de la destructividad humana*. Madrid: Siglo XXI de España.
- KAUFMANN, H. (1970). *Agresión andaltruista. A psychological analysis*. New York: Holt Rinehart and Winston Inc.
- LORENZ, KONRAD. (1972). *Sobre la agresión: el pretendido mal*. Madrid. Siglo XXI.(originalmente publicado en 1972).
- MONTAGU M.F. ASHLEY (1978). *La naturaleza de la agresividad humana*. Madrid: Alianza editorial.
- MORENO MARTIN, FLORENTINO. (1991b). *Infancia y guerra en Centroamérica*. San José de Costa Rica: editorial FLACSO.
- MORENO MARTIN, F. y JIMÉNEZ BURILLO F. (eds) (1992). *La guerra: Realidad y alternativas*, Madrid: editorial Complutense.
- SCORIJF. (1958). *Aggression*. Chicago: University of Chicago Press.

ANOTACIONES SOBRE EL PROCESO DE PAZ

Alejandro Reyes Posada

Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia

Nos encontramos en un punto muerto del proceso de paz. Ninguna de las partes logra articular un lenguaje ni un mandato político de negociación para ofrecer a la otra. El mismo procedimiento del diálogo directo entre gobierno y guerrillas sufre una crisis de desprestigio momentáneo. La reacción adaptativa de uno y otras ante la suspensión de las conversaciones de paz ha sido volver a las estrategias militares, con la esperanza de regresar a la mesa de negociaciones en mejores condiciones de fuerza que antes, y, si es posible, que el adversario. A pesar de las ilusiones creadas por mayores presupuestos y tecnologías de guerra más eficaces, permanece inalterado el hecho de que existe una situación de empate militar negativo entre las guerrillas y las fuerzas armadas, en cuanto ninguna parte puede derrotar a la otra. De alguna manera hay un círculo vicioso entre la insurgencia armada y la contrainsurgencia, cuya única posibilidad de ruptura es una negociación política. Lo esencial entonces, es que existe un proceso de diálogo encaminado a un acuerdo, que se reiniciará en octubre de este año, en cuya preparación se encuentran embarcadas las partes.

Mientras haya posibilidades de una paz negociada, el conflicto armado, a pesar de sus horrores, tiene un carácter más moderado que si no

las hubie-ra, como es el caso del Perú con Sendero Luminoso. Como mínimo, la perspectiva de una futura reconciliación obliga a las partes a relativizar su grado actual de enemistad. Es necesario preguntarse por qué ha sido dilatada y difícil la negociación con las guerrillas. No satisface la explicación que afirma que la anterior ronda de negociaciones en México haya fracasado por falta de voluntad de alguna de las partes. El gobierno busca sinceramente superar la violencia por la vía política. Igual puede decirse de las guerrillas, en la medida en la cual desean realmente construir un proyecto político que sustituya la guerra. El de la paz es un claro ejemplo de problemas en los cuales es mayor la motivación por resolverlos que la comprensión de su naturaleza y dimensiones. La dificultad inmediata es que no ha habido todavía un verdadero acercamiento a un terreno común de negociación. El gobierno no ha definido términos bajo los cuales las guerrillas puedan concebir su desmovilización sin sentir que dan salto al vacío para caer en manos de sus adversarios. Las guerrillas no han sabido formular sus proyectos políticos en términos viables para llegar a una negociación. El gobierno concibe las guerrillas como aparatos militares depredadores y terroristas, e ignora sus dimensiones políticas y su inserción social. A su vez, las guerrillas niegan su propia descompo-

sición criminal y la cubren bajo el velo de las necesidades de la guerra. El gobierno, a su turno, no muestra eficacia en suprimir las prácticas criminales de sus autoridades armadas y en terminar la acción de los grupos paramilitares y de justicia privada. Todas estas incongruencias sugieren indagar más a fondo sobre la identidad de los adversarios y la naturaleza del conflicto que los vincula y los opone, que no son evidentes de ningún modo. ¿Cuáles son las fuentes sociales del poder representado en el régimen político, del cual es depositario y agente el gobierno? ¿Cuál, en otros términos es la capacidad del gobierno para comprometerse a efectuar las reformas que resultaren acordadas para superar la violencia?. La precariedad del Estado colombiano ha resultado del equilibrio inestable de poder entre la élite nacional y las regionales, basado en relaciones políticas clientelistas y caudillismos locales. Es un Estado dominado por intereses privados, que conciertan privilegios y resisten eficazmente las políticas incorporativas y distributivas. Históricamente, desde el final de las guerras civiles, esas élites regionales han asegurado su propia defensa mediante la administración delegada de la violencia, estatal y privada, a cambio de la legitimación nominal del poder central. Este equilibrio, cuyo propósito último ha sido impedir una hegemonía del centro sobre las regiones, atraviesa un momento de cambio tendiente a fortalecer el poder local, con sus beneficios y riesgos.

Como espacios de participación política, los nuevos escenarios de poder local pueden aumentar la representación popular, canalizar conflictos y resolverlos sin intervención del gobierno central. Entre los riesgos está el refuerzo al poder de élites o contraélites locales que usan la fuerza y la corrupción para defender intereses privados y asegurar dominios territoriales. Ahora mismo, en muchas regiones del país hay numerosos grupos organizados de propietarios y empresarios que financian y dirigen escuadrones armados para seguridad, establecen relaciones de cooperación con las fuerzas armadas y los políticos y participan en tareas de contrainsurgencia. La descentralización y privatización de los medios e instrumentos de violencia es una realidad que la política de paz debe tener en cuenta. La composición de las élites regionales está cambiando con velocidad al impulso de la acumulación de capital del narcotráfico y su inversión en tierras y empresas productivas. Después de un pe-

ríodo de casi una década de cooperación entre el narcotráfico y la contrainsurgencia, la mal llamada guerra contra el narcoterrorismo entre agosto de 1989 y enero de 1991 replanteó la relación entre las mafias y el Estado. El mérito principal que tiene la nueva política de sometimiento a la justicia es el de ser un comienzo de regulación jurídica entre el Estado y las mafias de las drogas, que antes era sólo una relación de violencia y corrupción, en la cual el narcotráfico imponía su ley a costa de la destrucción de sus adversarios. La nueva política exige al Estado fortalecer su capacidad de instruir procesos y sancionar pero también la de respetar la presunción de inocencia de quienes no hayan sido vencidos en juicio. Es, en consecuencia, y de manera inevitable en un estado de derecho, una forma de legalización de conductas criminales y enriquecimiento ilícito cuya existencia no puede probarse legalmente. De hecho, la actitud de muchos narcotraficantes ha sido la de participar en la lucha por el poder local y regional, evitando confrontaciones con el Estado central. En las regiones, sin embargo, continúan operando grupos paramilitares contra las guerrillas y la población organizada y el gobierno no los ha desactivado. Si la seguridad, de hecho, no es un bien público, sino depende de la capacidad de cooptación de los servicios de las fuerzas armadas y la capacidad de generar aparatos de defensa y agresión por cuenta propia, entonces el Estado no puede asegurar el cumplimiento de un acuerdo de paz.

Tienen razón las guerrillas cuando le reclaman al gobierno efectividad en el desmonte de los grupos paramilitares y de la justicia clandestina, oficial y privada, que hay en Colombia. Le están reclamando al Estado que ejerza la plenitud de su poder para que el acuerdo de paz pueda celebrarse con el titular del monopolio de la fuerza, no con un Estado infiltrado con paraestados en la sombra. Una de las razones principales para el estancamiento de los diálogos es la poca visibilidad de los esfuerzos del gobierno para desarmar a los poderes privados. A su vez, tiene razón el gobierno cuando fortalece y mejora la eficacia de su policía y ejército para afrontar la criminalidad y la múltiple violencia que afecta la vida de los colombianos. La identidad de las guerrillas y sus relaciones con los grupos populares también son problemas complicados.

El país tiene actualmente guerrillas integradas por combatientes reclutados por un salario, con baja calificación política, jóvenes y de ambos sexos, quienes en número creciente participan en activida-

des financieras de delincuencia común y atropellan a la población. Para muchos combatientes, según afirman comandantes guerrilleros desmovilizados, la guerrilla se ha vuelto una forma de vida, sin horizontes de cambio revolucionario. Esta realidad facilita la descomposición criminal y crea problemas serios de disciplina militar y rupturas de la unidad de mando en la fuerza guerrillera. Las guerrillas han buscado una alianza con movimientos populares, especialmente campesinos, pero las experiencias recientes han terminado finalmente en la subordinación, instrumentación y aniquilación de los movimientos, las luchas agrarias se han dirigido a demandar mayor presencia y eficacia del Estado y no a su destrucción revolucionaria. Los campesinos han tenido que actuar con medida de fuerza como marchas, paros y tomas de oficinas para llamar la atención de las autoridades nacionales, pero han rechazado sistemáticamente el uso de la violencia. Es muy difícil aceptar la idea de que las guerrillas sean auténticas portadoras de los intereses populares, cuya vocería deba ser reconocida en la mesa de negociaciones. A lo sumo han creado formas locales de poder que descansan en la hegemonía de la fuerza sobre territorios con baja presencia estatal.

Como proyecto político, las guerrillas pueden aspirar a negociar las condiciones y garantías de incorporación al debate democrático, para que sea la competencia justa por persuadir y conquistar adhesión la que señale el derecho a reclamar la representación popular. No pueden negociar reformas sociales en nombre del pueblo, aunque esas reformas sean indispensables, porque ellas sólo pueden ser fruto de la participación popular en la confrontación política. Si el régimen político no es una dictadura que sea necesario destruir, sino la empresa colectiva por construir; si no es tan claro que la vieja oligarquía siga monopolizando el poder, sino que ellas se encuentran en una disputa por controlar la dirección de los procesos de acumulación con la nueva oligarquía de las drogas; y si las guerrillas no son la vanguardia armada del pueblo, sino aparatos locales de poder, enfrentados a su propia crisis de legitimidad en ausencia de una situación revolucionaria, entonces es justo preguntarse cuál es el conflicto que debe negociarse para conseguir la paz negociada. El nuevo escenario de conflictos del país es, por supuesto, un desarrollo histórico de los anteriores, aunque multiplicados por la nueva dimensión económica y política aportada por el narcotráfico, que alteró la

naturaleza de los conflictos y la identidad de los adversarios. En primer término, se percibe un desplazamiento de conflictos armados a las ciudades como resultado de nuevas formas de organización gangsteril en áreas marginadas a las cuales se ha sumado la penetración de las guerrillas como promotoras de milicias para el control de la población. Las estrategias para combatir esta violencia han ocasionado muchas víctimas como las caídas en matanzas indiscriminadas cometidas por la policía de Medellín para vengar el asesinato de sus integrantes o las personas sin hogar que caen en operaciones de limpieza social en muchas ciudades del país. En segundo lugar, la creciente inserción de capitales del narcotráfico en la compra de tierras y negocios y la consecuente transformación en las estructuras regionales de poder en el sentido de convertirse en dominios territoriales armados permiten prever nuevos conflictos violentos.

En algún momento cercano el Estado deberá librar el conflicto armado con las fuerzas paramilitares hasta eliminar sus organizaciones y recuperar el monopolio de las acciones de contrainsurgencia. Igual deberá ocurrir en el caso de regiones y empresas que a la vez son organizaciones armadas de trabajadores como las explotaciones de esmeraldas del occidente de Boyacá. Finalmente, el conflicto con las guerrillas aunque forme parte del escenario probable del futuro, habrá cambiado sus dimensiones por las interferencias ocasionadas por los otros conflictos. En ambientes urbanos deteriorados por la pobreza y la delincuencia organizada, las milicias inspiradas por las guerrillas pueden escapar fácilmente a sus promotores y tender a homologarse con las pandillas con las cuales están confrontadas. La simbiosis de muchos frentes guerrilleros con la economía de las drogas hará cada vez más difícil para sus líderes conservar los objetivos políticos que los han animado. Si las guerrillas continúan los sabotajes contra la infraestructura física del país arriesgarán pagar un costo creciente en pérdida de apoyo popular. Todas estas circunstancias sugieren replantear las concepciones actuales sobre la eventual reinserción de combatientes guerrilleros a la política. Es posible predecir que la gran mayoría no estará interesada ni calificada para asumir tareas de organización popular ni para competir en la arena política. La mayor parte no podrá residir en las anteriores áreas de operación y se desplazará a las ciudades cercanas, como ha ocurrido en los casos del EPL y el M-19. Su nuevo ambiente estará dominado por formas urbanas de criminalidad y

desorganización social, que harán muy difícil construir un nuevo proyecto político. Como ha sucedido, con otros grupos reincorporados, muchos de los nuevos desmovilizados preferirán ocuparse en acti-

vidades delictivas por cuenta propia, con lo cual pasarán a ser parte del problema y no de la solución.

"PAZ NACIONAL VS. PACES REGIONALES"

Por Alejo Vargas Velásquez, Profesor Universidad Nacional

El problema de la paz en Colombia es bastante más complicado que un simple problema de voluntarismo. El problema no es tan sencillo como tener más o menos simpatías, más o menos buena voluntad.

Por supuesto que eso puede ayudar (una buena capacidad negociadora puede ayudar a superar obstáculos), pero no se puede perder de vista lo fundamental: se trata de un proceso de NEGOCIACIÓN POLÍTICA entre actores con poder (lo que no significa que sean poderes equiparables). No se trata de negociar la desmovilización de grupos guerrilleros virtualmente paralizados o descreídos de sus medios y sus fines, ni se trata de imponer las condiciones de rendición a un enemigo derrotado.

Si se está frente a un proceso de negociación política, no se puede pensar que lo *único* a negociar es el cese del fuego. Es importante y necesario que se llegue a acuerdos en ese punto, pero con toda seguridad el que se avance en este campo está ampliamente asociado a que pasa con la *agenda política*. Lo anterior no quiere decir que la negociación se enfrasque en discusiones ideológicas, en principios abstractos, sino en los puntos de interés específicos y las soluciones para los mismos.

Consideraciones acerca de las perspectivas de la negociación.

El gobierno supone que los actores guerrilleros están simplemente interesados en negociar su desmovilización a cambio de la discutible 'favorabilidad política'. Es el pesado lastre que quedó en el gobierno de los procesos de desmovilización anteriores, en los cuales evidentemente se negoció con guerrillas que consideraban que lo fundamental era la ampliación del estado político. En el caso de las organizaciones guerrilleras agrupadas en la Coordi-

nadora no parece creíble que se van a cambiar 30 años de lucha guerrillera por la posibilidad de unos "foros de discusión" con diversos sectores sociales. Ojalá el problema fuera así de sencillo, pero nos tememos, en aras de un realismo, que la situación es mucho más compleja y que se trata de *acuerdos reales* sobre los factores generadores de violencia.

Nos tememos que no se trata simplemente de ejercicios académicos en relación con los puntos considerados para la discusión (no es que el simple hecho de que se aborden los mismos ya garantiza que el punto en discusión se ha superado), sino de llegar a ACUERDOS específicos, viables y verificables. Frente a esto la pregunta que uno se podría formular legítimamente para tener claras las posibilidades de desarrollo de las negociaciones es: ¿qué están dispuestos a negociar el Estado Colombiano y la Coordinadora Guerrillera? No hay que olvidar que toda negociación implica cambios de equivalentes o si se quiere gestos de reciprocidad mutua.

Esto sin duda va a forzar, si eventualmente la negociación avanza, a que delegados del Congreso y del Poder Judicial se vinculen formalmente a corto plazo al proceso de negociación, porque los delegados del Ejecutivo no pueden comprometerse con aspectos que se acuerden que no controlan, por ejemplo el desarrollo de normas legales que se pacte (la experiencia de anteriores procesos de negociación en Colombia, en los cuales el gobierno ha incumplido en este sentido no son la mejor carta de presentación).

Igualmente hay que romper con la tradición del gobierno colombiano de considerar el diálogo y la negociación como mecanismos para desmovilizar

movimientos sociales y entrar a considerarlos como instrumento para resolver las situaciones problemáticas que están en la base de los mismos. De otra manera las posibilidades de éxito de la negociación están negadas de antemano.

En ese sentido, la pretensión de funcionarios del gobierno, dentro de la guerra discursiva de legitimidades, de que el diálogo con la guerrilla es ya una concesión de la sociedad civil a los alzados en armas, no parece ser un buen punto de arranque. Incluso hay un discurso paradójico hoy día: los mismos que, por ejemplo, llamaron en su momento a Camilo Torres un "cura loco" o aún un "bandolero" y no le reconocían legitimidad, pero que hoy ya no la tiene porque el llamado "socialismo real" se derrumbó, creo que son argumentos discursivos que no contribuyen nada a la posibilidad de salida política a la confrontación armada. El diálogo es producto de la necesidad de los actores en guerra (guerrilla y gobierno), incapaces los dos de darle una salida militar al conflicto, en un plazo razonable.

Debe ser claro que se trata de resolver un problema político y no delincencial. Se trata de hacer que el conflicto social se pueda continuar expresando por sus ámbitos propios y no deba recurrir a la confrontación militar como respuesta a la criminalización permanente desde el Estado. Por ello, los actores del conflicto deben tener representación en la mesa de negociación: obreros, campesinos, pobladores de las regiones, porque en últimas debe ser con ellos con quienes deben darse los acuerdos sustanciales.

Si se quiere avanzar dentro del proceso de negociación, lo primero es crear un clima favorable¹ la misma y para ello hay que comenzar por bajarle el tono a la *guerra verbal* en que andan comprometidos los editores de los grandes medios de comunicación, los funcionarios estatales y también miembros de la guerrilla. La guerra verbal no ayuda para nada a la creación del clima de distensión necesario y el problema no se va resolver suponiendo que de esamenera se deslegitima al adversario y se le resta capacidad negociadora. La mesura en el lenguaje del actual Consejero de Paz es un punto favorable que hay que resaltar.

El problema de la llamada *credibilidad* es otro de los aspectos fundamentales que enfrentan las partes en la negociación. Pero la credibilidad no es unilateral, así como no lo es el conflicto. Estamos

de acuerdo en que la credibilidad no es sólo de, palabra, pero esto rige para las dos partes. Si bien no es fácil creer en las intenciones de paz de la guerrilla mientras se realizan emboscadas, sabotajes y demás operativos propios del conflicto, tampoco es creíble la voluntad de paz del gobierno mientras siguen los operativos ofensivos contra las columnas insurgentes, cuando se bombardea la población civil, cuando no se sanciona a los militares comprometidos en la guerra sucia y por el contrario se les premia con ascenso. Los dos actores manejan muy adecuadamente 'la combinación de formas de lucha'. Pero independientemente de los anterior, se debe entender que se está frente a un conflicto político-militar (que conlleva acciones en las dos dimensiones) y justamente por eso se negocia.

La falta de total *unanimidad* en las fuerzas en frentadas, es un problema al que se enfrenta la negociación. Y a nuestro juicio esto es algo que hay que asumir con realismo. En toda organización social compleja (y lo son el gobierno y por supuesto el ejército y lo es también la guerrilla), normalmente hay diversidad de opiniones y posiciones, en su interior se juegan tensiones y aún contradicciones. Por ello parecía tan normal que el alto mando de las Fuerzas Armadas, cuando alguno de sus miembros aparece evidentemente comprometido en masacres o violaciones de derechos humanos, afirme que se trata de conductas individuales sin compromiso institucional. En el mismo sentido el alto mando guerrillero, cuando algún grupo realiza una emboscada y otro tipo de operativo militar, puede creíblemente afirmar que no se trata de actitudes institucionales, sino de actos aislados.

Lo anterior ejemplifica la complejidad de las negociaciones y la necesidad de manejarlas no al ritmo de los titulares de prensa, televisión o radio, ni de los editoriales de la prensa (comúnmente asimilados como 'opinión pública'). Si se está negociando cómo parar un conflicto no se pueden argumentar las expresiones del mismo como razones para entablar las negociaciones. Hay que continuar negociando no interesa que tipos de acciones de guerra se realicen, porque se trata justamente de parar esa guerra que ya va teniendo un alto costo para la sociedad civil no involucrada en el mismo.

Al respecto es imprescindible llegar a acuerdos transitorios en relación con el *respeto a la población civil* no involucrada en el conflicto. Porque es absolutamente condenable la muerte de niños y adultos

por minas sembradas por la guerrilla en San Vicente de Chucurí (Santander), así como lo es la muerte de niños y adultos por bombardeos del ejército en Gutiérrez (Cundinamarca) y San Vicente del Caguán (Caquetá)¹. Una fórmula de compromiso de las partes de respetar la población civil es indispensable, acompañada de 'mecanismos de verificación y sanción social' imparciales (eventualmente una Comisión con representantes internacionales y con plenas atribuciones) frente a los casos que se presente, junto con el compromiso de las partes (gobierno y guerrilla) de juzgar y sancionar sin contemplación a sus miembros que resulten comprometidos en este tipo de hechos. Los acuerdos parciales sobre asuntos específicos parecen ser un mecanismo impotente para ir consolidando un proceso de negociación global.

Acerca de los Diálogos Regionales

Parece algo contradictorio y en contravía con el discurso descentralizador que se impulsa el que se pretenda por parte del gobierno un manejo exclusivamente centralizado a un problema que tiene expresiones regionales claramente diferenciadas, como lo es el de la confrontación política armada.

Si bien es necesario que la *negociación* se centre entre los niveles con capacidad decisoria, igualmente parece indispensable el que se acuda simultáneamente a *diálogos regionales* para que no sólo se cree el clima de distensión requerido a nivel regional, sino también para ir encontrando alternativas específicas a las diferentes problemáticas que están en la base del conflicto. En estos Diálogos Regionales deben tener un papel protagónico los Gobernadores y Alcaldes de las zonas en conflicto, para que recuperen la capacidad que se les cercenó de manejar regionalmente el orden público.

Se trata de combinar simultáneamente la negociación global para la búsqueda de acuerdos que lleven a la suspensión del conflicto político-militar y su desplazamiento al ámbito exclusivamente político, con diálogos regionales que contribuyan a distensionar el ambiente político en los espacios regionales y ayuden a precisar prioridades específicas de abordaje regional. Aún problemas tan significativos para la solución global como son los de la

localización eventual de las fuerzas guerrilleras en un período transitorio previo a su desmovilización, es casi seguro que sólo se pueden solucionar regionalmente, no sólo por la diversidad de estructuras de las distintas organizaciones guerrilleras, sino también por las particularidades de las diversas inserciones regionales.

Y es por lo menos una ingenuidad suponer que porque asistan representantes de las organizaciones guerrilleras los actores de la sociedad civil se van a encontrar amedrentados, pues igual razonamiento cabría para toda reunión a la que asistieran representantes de las fuerzas militares y creo que ambos deben estar presentes en estas discusiones regionales y confrontar a los actores del conflicto armado.

El objetivo de los mismos no es, como lo señalan de manera simplista algunos funcionarios del gobierno, el protagonismo político de la guerrilla, ésta de hecho ya lo tiene, y en muchas regiones y localidades ella obra como un poder paralelo, sino crear compromisos regionales de distensión que comprometan a la guerrilla y al ejército (y los respectivos aliados parainstitucionales de los dos) y de identificación de las dimensiones problemáticas regionales que deben ser solucionadas a corto y mediano plazo.

Igualmente, parecer ser un razonamiento sin fundamento aquél que señala que los diálogos regionales sólo van a servir para que la sociedad civil regional conviva con la guerrilla; de hecho las sociedades regionales han venido conviviendo con la guerrilla en Colombia hace más de 30 años, aunque no hayan existido formalmente los diálogos regionales.

Estos diálogos regionales deben involucrar además de las autoridades regionales y a representantes de organizaciones de la sociedad civil a nivel regional y, por supuesto, a los comandantes militares y de los frentes guerrilleros que actúan en dicha región. La propuesta gubernamental de los foros regionales sin presencia de los actores armados seguramente se va a transformar en un intento, sin ninguna perspectiva, de manipular algunos sectores sociales en contra de una de las partes en conflicto, lo cual antes que solucionar va a agravar las tensas situaciones regionales. Es la continuidad de la estrategia PNR de la administración Barco de establecer diálogos con las comunidades a través de la nueva mediación del "clientelismo tecnocrático" para su-

¹ Ver El Tiempo, Santafé de Bogotá, lunes 17 de febrero de 1992, pag. 10C y El Tiempo, Santafé de Bogotá, viernes 21 de febrero de 1992, pag. 8A

poner que de esta manera se resolvía el problema del apoyo social a la guerrilla.

Por supuesto que la idea no es parcelar regionalmente la solución del conflicto sino alimentar, con los análisis y propuestas que se hagan regionalmente, la mesa de negociación, crear un clima favorable en la sociedad a la salida negociada al conflicto y a las reformas indispensables para lograrlo y contribuir con procesos de distensión (que comprometen frente a la sociedad civil regional a los actores militares del conflicto político), al buen éxito del proceso en su conjunto. Es igualmente la posibilidad de alimentar los "diálogos entre cúpulas" con "diálogos de participación" entre niveles intermedios y

de base de los distintos actores involucrados en el conflicto.

Finalmente, tenemos que señalar que la sociedad civil colombiana puede contribuir a crear un buen ambiente para el proceso de negociación, creando un entorno político favorable y un clima de presión a los actores enfrentados (gobiernos y guerrilla) que presione la consecución de acuerdos. La principal enseñanza del proceso de negociación en marcha en El Salvador es que es posible encontrar una solución política a una confrontación político-militar interna si se crea el clima adecuado para ello.

EL VIEJO CONGRESO Y LA PAZ

Una breve historia del papel de la rama legislativa en los procesos de paz de Betancur y Barco*

Daniel García-Peña Jaramillo, Profesor de los Departamentos de Historia de las Universidades de los Andes y Nacional de Colombia

Fiel a su carácter de colegislador, el gobierno trabajará con el Congreso para avanzar en la empresa que la historia ha colocado en nuestras manos, hacia la paz completa que necesitan y esperan los colombianos."

Carta del Presidente Belisario Betancur a los presidentes de las comisiones primeras del Senado y de la Cámara, Drs. Augusto Espinosa y Jorge Ramón Elías, 19 de septiembre de 1982.

"La institución del parlamento es por esencia el principal foro que posee la democracia para ventilar la controversia y resolver civilizadamente los conflictos. No compartimos la perplejidad y el desconcierto que a muchos les produce que el Congreso de la República aborde la discusión de los conflictos y plantee soluciones. Uno puede estar de acuerdo o en desacuerdo con las decisiones o con las opiniones de miembros del Congreso, pero los demócratas no

podemos oponernos a que esta institución cumpla su función de deliberar y de promover el debate."

Palabras del Presidente Virgilio Barco al clausurar el período de sesiones ordinarias del Congreso, 16 de diciembre de 1989.

Hoy, las posibilidades de encontrar en el corto plazo una solución negociada al histórico conflicto armado interno en Colombia parecen distantes. Sin embargo, a pesar del actual énfasis en la salida de fuerza, ambos lados reconocen que la negociación será eventualmente necesaria. Esto hace aún más pertinente pensar desde ya cuáles pueden ser los ejes de esa etapa futura.

Hay consenso en muchos círculos que ésta debe incluir una importante participación de toda la sociedad. Con la Constitución de 1991, el Congreso de la República recibió una gran cantidad de nuevos mecanismos y herramientas que posibilitan asumir

* Estas reflexiones hacen parte de un trabajo más amplio sobre el tema "El Congreso y la Paz" pronto a ser publicado.

su rol constitucional como escenario central de representación y discusión de los diferentes sectores sociales y políticos de la nación. De hecho, en su primer año de existencia, el "Nuevo Congreso" ha cumplido un papel más destacado y activo que cualquier otro Congreso en el largo y complejo proceso de buscar la paz definitiva.

Aunque constitucionalmente el ejecutivo tiene el manejo exclusivo del orden público, la paz no se puede entender sólo como un asunto de orden público. La paz implica desarrollo económico, reforma agraria, mecanismos para tramitar pacíficamente la justicia social, ampliación y fortalecimiento de una democracia participativa efectiva, autonomía regional real, defensa y protección de los derechos de los ciudadanos, garantía de igualdad de oportunidades, y muchísimas otras cosas que se encuentran más en la esfera de funciones de la rama legislativa que en la del ejecutivo.

Por eso, es importante analizar las experiencias del "Viejo Congreso" como base para reflexionar sobre el papel del "Nuevo Congreso" en la búsqueda de una futura e inevitable paz. ¿Cuál fue el rol de la rama legislativa en los procesos de paz de los gobiernos Betancur y Barco? ¿Cuáles han sido las razones de su aparente bajo y secundario perfil?

Estas son algunas de las preguntas que esta ponencia intenta contestar con el ánimo de servir de material de discusión y trabajo. Así mismo, representa una invitación para examinar otros caminos diferentes para repensar la paz como elemento primordial en el afianzamiento de la transformación institucional y ciudadana que actualmente el país sólo inicia.

Los primeros intentos de negociar la paz: Turbay y Betancur

Fue durante el gobierno de Julio César Turbay (1978-1982) que se dieron los primeros antecedentes de la búsqueda de la salida negociada al conflicto armado, y desde esos comienzos se pueden detectar los rasgos básicos que van a caracterizar la relación del Congreso con la paz en la década de los ochenta.

Las principales iniciativas -la propuesta de amnistía condicional (1980) y la conformación de la primera Comisión de Paz (1981)- se originaron en la rama ejecutiva sin mayor incidencia o participación activa del Congreso. Aunque en el parlamento sí se escucharon importantes voces disidentes a título personal y se discutieron temas relacionados

con la paz, como cuerpo se limitó a aprobar de manera casi automática las propuestas del ejecutivo y no participó activamente en la elaboración de la política frente a la guerrilla.

La Comisión de Paz trabajó independientemente y sin participación del Congreso, como equipo asesor del presidente, introduciendo la práctica de conformar al interior de la rama ejecutiva instancias extraordinarias y supuestamente representativas de los diferentes sectores de la sociedad.

Aunque el gobierno de Belisario Betancur (1982-1986) cambió a fondo la política de paz y tuvo varias particularidades políticas que influyeron de manera directa en sus relaciones con el Congreso, en lo fundamental no se alteraron las tendencias generales del período anterior.

El presidente mantuvo la iniciativa y la rama legislativa sólo se vio como una instancia de aprobación final y necesaria. Si bien es cierto que el Congreso le dio más importancia que antes al tema de la paz e inclusive se adelantó al ejecutivo en la presentación de propuestas de amnistía, no cabe duda que la política de paz se diseñó y se manejó prácticamente de forma unilateral por el ejecutivo a lo largo del cuatrenio. Incluso, el hecho de haber aprobado el proyecto de amnistía presentado por el senador Gerardo Molina no se dio como resultado de una decisión autónoma del Congreso sino por haber recibido el apoyo explícito del ejecutivo.

Se ampliaron y se crearon nuevos escenarios cuasi-parlamentarios desde el ejecutivo en materia de política de paz. La nueva Comisión de Paz fue más grande, más cercana al presidente que la anterior y tampoco tuvo representantes del Congreso. En palabras de John Agudelo, su coordinador y luego presidente, se trataba de un "pequeño parlamento" que pudiera hacer lo que no hacía el Congreso: representar a los diversos sectores de la sociedad.

Además, el Ministro de Gobierno, Rodrigo Escobar, convocó una "Cumbre Política" de los líderes de los partidos políticos para lograr un gran acuerdo nacional en torno a profundas reformas políticas. Aunque asistieron algunos parlamentarios, su presencia fue debida a su condición de representantes de los partidos y no por ser congresistas, a pesar de que la labor de la cumbre claramente correspondía a las funciones del legislativo.

Ni el trabajo de la Comisión de Paz ni el de la Cumbre Política estuvieron claramente ligados al Congreso como tal. Esto explica, por lo menos en parte, los débiles resultados de ambas instancias en su capacidad de comprometer exitosamente al parlamento en los respectivos trámites legislativos requeridos.

Por un lado, aunque los acuerdos firmados entre la Comisión de Paz y los diferentes grupos guerrilleros en 1984 hicieron mención específica del Congreso, la ausencia de la rama legislativa en el proceso de negociación hizo que no se comprometiera como cuerpo con lo pactado por los delegados del ejecutivo. Aunque algunos congresistas entraron a participar en la Comisión de Verificación y en el Diálogo Nacional creados por los acuerdos, esto no dejó de calmar los sentimientos en el Congreso de haber sido excluidos y suplantados por las instancias emanadas desde el ejecutivo para, cumplir tareas de índole legislativa. Por otro lado, si bien es cierto que la Cumbre Política sí produjo algunos resultados concretos que se tradujeron en ley, éstos fueron muy inferiores a las metas trazadas inicialmente, en gran parte debido al mal ambiente en las cámaras.

Finalmente, otro de los pilares de la política de paz de Betancur se erigió sin la participación del Congreso: el Plan Nacional de Rehabilitación, PNR, fue creado por directiva presidencial sin pasar por el parlamento,

Por eso, la política de paz del gobierno Betancur no fue compartida por las diferentes esferas del Estado. En muchos casos ni siquiera contó con el apoyo de la totalidad de la misma rama ejecutiva, y fue más bien de manejo casi exclusivo del primer mandatario y sus colaboradores cercanos.

Esto se reflejó en el creciente distanciamiento del Congreso con los temas de la paz, particularmente en la última parte del gobierno. El "juicio" que se le hizo al presidente en la Cámara de Representantes, promovido por el representante liberal César Gaviria a raíz de los incidentes del Palacio de Justicia en noviembre de 1985, aunque terminó exonerando a Betancur, permitió sacar a relucir el malestar de muchos parlamentarios con la política presidencial,

El proceso de paz del gobierno de Barco y el M-19

El pobre balance final que se le hizo al "proceso de paz" de Betancur llevó al nuevo gobierno de Virgilio Barco (1986-1990) a introducir cambios significativos en el manejo de las negociaciones con la guerrilla. Sin embargo, aunque una de sus metas

fue "institucionalizar" la paz, es decir, enmarcarla dentro de las estructuras establecidas constitucionalmente, el resultado no fue mucho mejor que el del gobierno anterior en el establecimiento de una nueva y más activa relación del Congreso con el manejo de la paz.

De hecho, las relaciones entre el gobierno de Barco y el Congreso en lo referente a la política de paz estuvieron en gran medida determinadas o matizadas por varios elementos ajenos a las negociaciones con las guerrillas: el "esquema gobierno-oposición", los distintos esfuerzos del presidente por lograr una reforma constitucional y el hecho de que el "proceso de paz" empezó en la segunda mitad de su gobierno cuando "el sol estaba a la espalda" y la guerra contra el narcoterrorismo tenía primera. De esta manera, las primeras negociaciones entre el Consejero de Reconciliación, Normalización y Rehabilitación, Rafael Pardo, y el comandante máximo del M-19, Carlos Pizarro, entre enero y marzo de 1989 se hicieron prácticamente de manera clandestina. Aunque se mantuvieron permanentes contactos discretos con algunos parlamentarios de manera consultiva a lo largo del proceso, la rama ejecutiva mantuvo el manejo exclusivo de las negociaciones.

Algunos miembros del Congreso, sin embargo, habían asumido papeles importantes de manera personal durante el proceso. La participación de senadores como el liberal Ernesto Samper y el conservador Alvaro Leyva en la "Cumbre de Convivencia Democrática" convocada por el M-19 en Panamá a mediados de 1988 había sido fundamental para obligar al gobierno del presidente Barco a inventarse su "Iniciativa de Paz" sobre la cual se montó el proceso de negociación con el M-19. A lo largo del proceso, varios congresistas, en particular Leyva, jugarían roles claves, pero siempre a título individual, y nunca en nombre del Congreso como cuerpo.

Con la creación de las Mesas de Análisis y Concertación en abril de 1989, el tratamiento del gobierno de Barco a las negociaciones pareció haberse "betancurizado" en la medida en que se creó una instancia de amplia representación de los sectores sociales y políticos sin la participación directa

del Congreso para elaborar las propuestas de carácter legislativo. Aunque las Mesas de Análisis y Concertación contaron originalmente con la participación de los diferentes partidos políticos, el Partido Social Conservador y la Unión Patriótica se retiraron, haciendo que la representatividad de este ente cuasi-parlamentario fuera aún más precaria que la que tuvo la Comisión de Paz de Betancur.

Sin embargo, para mediados de año, se empezaron a esbozar los lineamientos generales del eventual acuerdo entre el gobierno y el M-19, y era evidente que los dos temas más importantes estaban directamente relacionados con el Congreso: la inclusión de una Circunscripción Nacional Especial de Paz para las elecciones parlamentarias de marzo de 1990 y el otorgamiento del indulto. Esto hizo que el parlamento se empezara a preocupar de manera más intensa por lo que estaba sucediendo en las negociaciones entre Pardo y Pizarro.

La Circunscripción Nacional Especial de Paz -por la cual el grupo guerrillero desmovilizado tendría unas ventajas electorales para poder llevar un buen número de sus integrantes al Congreso- generó diferentes reacciones. Algunos congresistas expresaron objeciones al otorgamiento de la favorabilidad política al M-19 pensando que serían los directamente perjudicados por estar en "desventaja", y a otros no les gustaba la idea de tener "ex-terroristas" sentados a su lado en el Congreso.

Sin embargo, la Consejería y el Ministerio de Gobierno, en cabeza de Carlos Lemos, hicieron un trabajo muy exitoso de *lobby* con los parlamentarios, y en el cual se destacó la activa intermediación del jefe único del Partido Liberal, el ex-presidente Julio César Turbay, con la mayoritaria bancada de su partido.

Señalando que los cupos especiales del M-19 no se restarían del número existente de miembros en las cámaras sino que se sumarían como integrantes adicionales por una sola vez, le quitaron el temor a unos. Arguyendo que la incorporación de los ex-guerrilleros ayudaría a legitimar al Congreso, convencieron a otros. Finalmente, haciendo un llamado a la solidaridad y disciplina de partido, lograron, por lo menos durante unos meses, unir a los restantes en torno a los propósitos del ejecutivo.

De hecho, el Presidente del Senado, Luis Guillermo Giraldo, y el de la Cámara de Representantes, Norberto Morales, firmaron el "Pacto Político por la Paz" el 2 de noviembre de 1989 entre el M-19, el gobierno y los jerarcas del Partido Liberal. En éste, el

gobierno "en acuerdo con el Congreso" se comprometió a incluir la Circunscripción Nacional Especial de Paz en un "Referéndum extraordinario por la Paz y la Democracia" a ser convocado para decidir sobre la reforma constitucional en trámite en el Congreso.

En el caso de la ley de indulto, también fue necesario darle manejo especial a las fricciones que surgieron entre las ramas ejecutiva y legislativa. El principal temor del gobierno era que miembros del Congreso -algunos motivados por convicciones auténticas y otros aparentemente influidos por la intimidación y los dineros del narcotráfico- aprovecharían las circunstancias para ampliar los alcances de la ley con el propósito de incluir delitos no-políticos. La ponencia presentada el 10 de noviembre por el representante liberal César Pérez -quien viajó a Santo Domingo, Cauca para entrevistarse directamente con los dirigentes del M-19- fue precisamente en ese sentido, en clara contravía de las intenciones del ejecutivo.

Las relaciones entre el ejecutivo y el legislativo se volvieron aún más tensas a comienzos de diciembre, cuando un grupo de representantes liderado precisamente por el Presidente de la Cámara, Norberto Morales, quien había firmado el Pacto Político un mes antes, logró incluir el tema de la extradición en el referéndum de reforma constitucional por encima de la oposición del gobierno. Este "camarazo" fue un golpe mortal al gobierno, y a los acuerdos, firmados con el M-19. Demostró, además, la débil unidad del partido de gobierno y obligó al ejecutivo a sacrificar su reforma constitucional incluyendo lo acordado con el M-19.

Esta bochornosa derrota del gobierno a manos de sus propios partidarios en el Congreso puso en evidencia el precario compromiso de la rama legislativa con el proceso de paz, y amenazó con frustrar del todo las negociaciones con el M-19. Sin embargo, el grupo guerrillero decidió seguir la dirección del comandante máximo Pizarro de continuar con el proceso de entrega de armas y reincorporación a la vida civil a pesar del incumplimiento del gobierno.

Buscando salvar lo que se podía, el gobierno logró acordar con los congresistas suprimir la ampliación del alcance de la ley de indulto y, finalmente, después de varios aplazamientos por falta de

quórum, fue aprobada a pupitrazo en las últimas horas de las sesiones de esa traumática legislatura.

Sin embargo, a pesar de la importancia de la ley de indulto, el balance final de las relaciones del Congreso con el proceso de paz de Barco fue bastante malo. Aunque algunas personalidades del Congreso tuvieron papeles destacados a título individual, como cuerpo tuvo poco que ver con las negociaciones, y se limitó a responder a las iniciativas del ejecutivo, muchas veces de manera negativa. No supo asumir un rol propio dentro del proceso de negociación y sólo sirvió en la medida en que se jugaban intereses de partido o de carácter personal. Su ineffectividad como órgano de representación popular obligó al ejecutivo a crear instancias extraconstitucionales para asumir la responsabilidad de intentar comprometer a diferentes sectores de la sociedad.

Del Viejo Congreso al Nuevo Congreso

A pesar de las grandes diferencias que existen entre las políticas de paz de los presidentes Betancur y Barco, cada una de ellas buscó, a su manera, involucrar en los respectivos procesos de negociación con las guerrillas a representantes de la sociedad. La Comisión de Paz, la Cumbre Política y el Diálogo Nacional durante el primero y las Mesas de Análisis y Concertación durante el segundo son ejemplos de cómo la rama ejecutiva ha intentado en múltiples ocasiones obtener el concurso de los diversos sectores sociales y políticos del país en los esfuerzos por conseguir la paz.

A su vez, el Congreso, que por definición debe ser el escenario central de representación de los diversos intereses de la nación, se limitó a responder de manera a veces pasiva y a veces negativa a las iniciativas del ejecutivo en materia de paz. Incluso, la rama legislativa fue vista con frecuencia por el ejecutivo -y por el país- como un obstáculo a ser superado en los procesos de paz. El hecho de estar ligado directamente a los intereses de las élites locales y regionales más reacias a cambios y reformas que se requieren para lograr la paz, la reducida incidencia en la elaboración del presupuesto nacional y su casi exclusiva preocupación por el reparto de los auxilios, el prácticamente permanente Estado de Sitio que le entregó al ejecutivo funciones propias del legislativo, el monopolio bipartidista y el excesivo presidencialismo, entre otros, restringieron severamente al Viejo Congreso y le recortaron su capacidad de representar a la totalidad de los intereses de la sociedad.

Así, con la creación de las diferentes instancias cuasi-parlamentarias, el ejecutivo, queriéndolo o no, suplantó al legislativo en algunas de sus funciones básicas, y sólo acudió a él en la medida en que su concurrencia era inevitablemente requerida, y no como un complemento activo de la política de paz.

Los resultados de estos intentos del ejecutivo de "reemplazar" al Congreso fueron bastante pobres, en la medida en que no fueron realmente más representativos o capaces de comprometer a la sociedad en la política de paz. Además, al carecer de poderes legislativos, estas instancias extraordinarias terminaban siempre acudiendo a la rama legislativa que, sin haber participado en el proceso, muchas veces se sintió marginada y excluida. Ni Betancur ni Barco fueron capaces de convertir al Congreso en copartícipe en los procesos de paz.

Con la nueva Constitución, el Nuevo Congreso tiene más poderes y nuevas herramientas para reasumir el papel que le corresponde a las ramas legislativas en las democracias modernas. Tiene los elementos esenciales que le han permitido empezar a asumir un rol propio, activo y decidido en la consecución de la paz.

Es importante analizar las experiencias del Viejo Congreso en los procesos anteriores para poder pensar en una participación efectiva, complementaria y oportuna del Nuevo Congreso desde sus propias esferas en un eventual proceso de negociación con la guerrilla. Su concurrencia es irremplazable y debe partir de una "conciencia propia de cuerpo" que le permita ser el foro de debate nacional, sin tener que esperar las iniciativas del ejecutivo. Debe oír a todos los intereses del país y no sólo actuar en defensa de sus privilegios.

Hoy el Congreso puede convertir el tema de la paz en asunto propio y demostrar que realmente ha aprendido del pasado. Recobraría buena parte de la legitimidad perdida si actúa en bien del país entero, con óptica necesariamente diferente que la del ejecutivo. Su voz se espera